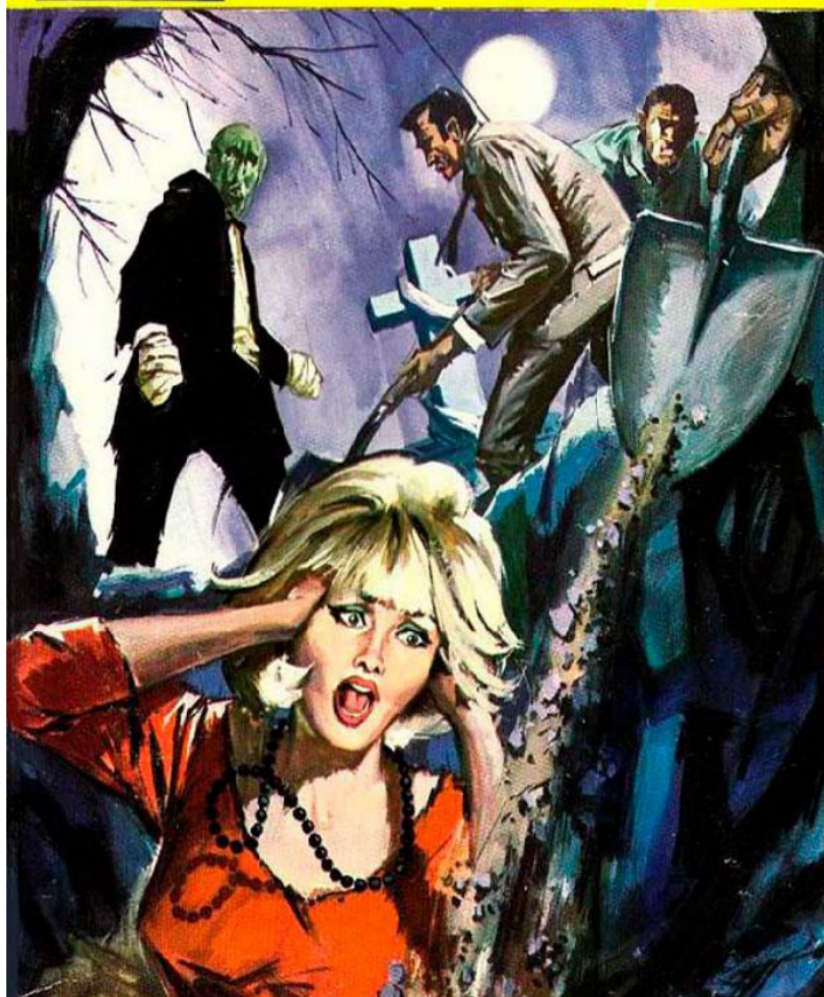


BOLSILIBROS
BRUGUERA
 SERIE
**PUNTO
ROJO**

cementerio privado, S.L.

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

**CEMENTERIO
PRIVADO, S. L.**

Colección PUNTO ROJO n.º 405
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES
CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 42.252 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1970

© SILVER KANE - 1970

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.143. — La viuda sioux.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.008. — Nadie escapó a su suerte.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
655. — Federal y mujeriego.
- En Colección KANSAS:
602. — Los dedos del diablo.
- En Colección BUFALO:
848. — "Solitary Mission".
- En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
469. — *Sheriff* y verdugo.
- En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
674. — "Buscalíos" Dirk.
- En Colección PUNTO ROJO:
396. — Bien venido, horror.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
111. — Cuatro misiones secretas.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
3. — Oro rojo.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡NO! ¡NO QUIERO MORIR! ¡NO QUIERO MORIR...!
¡NOOOO!...

Los gritos se arrastraban entre la niebla, penetraban en ella, encontraban eco en mil paredes misteriosas.

—¡NO QUIERO MORIIIR!...

Pero sabía que era inútil. Sabía que estaban transcurriendo ya sus últimos minutos. Por algo veía cómo abrían su fosa.

¡Pero no podía ser! ¡No podía ser! ¡No podía ser!...

Él no estaba en un cementerio. Él se encontraba en la ciudad de Dallas, en el centro, cerca de las tiendas, de las estaciones de policía, de los escasos rascacielos de la ciudad. Allí no existían cementerios. Y él no había penetrado en un lugar así.

¡Pero se encontraba en él!

Veía los altos cipreses mecidos por el viento. Oía el susurro de éste entre las hojas. Distinguía en la semioscuridad las lápidas, en todas las cuales había nombres que no era capaz de leer.

Y sobre todo veía a aquellos cuatro individuos.

¡Los cuatro que estaban cavando su fosa!

Percy aulló de nuevo, confiando en que alguien le oyese:

—¡Socorro! ¡Socorroooo! ¡No pueden matarme así...!

Le parecía distinguir no muy lejos los faros de los coches que rodaban por alguna curva. ¡Si uno de ellos le oyese! ¡Si pudiera darse cuenta de lo que sucedía...!

Pero era inútil.

Le dolía horriblemente la cabeza. Recordaba confusamente que al entrar en aquel cementerio (¿pero cómo había entrado, Dios santo, si él estaba en el centro comercial de Dallas?) le habían golpeado en la nuca, haciéndole perder el conocimiento. Era en el sitio del golpe donde le dolía tan horriblemente. Cuando recobró el conocimiento fue para encontrarse con que estaba atado de pies y

manos, llevando éstas a la espalda. Con un difícilísimo equilibrio se sostenía en pie, apoyándose parcialmente en un árbol, pero no podía huir. No podía dar un paso. No podía hacer nada para salvar su miserable piel.

Sólo gritar.

Porque gritar sí que le dejaban. Incomprensiblemente, no le habían tapado ni sellado la boca.

¡Si le oyera alguno de aquellos coches que tomaban la curva no muy lejos...!

Pero era inútil. Sus gritos se perdían en la distancia. ¡Y mientras tanto iba siendo abierta la fosa!

Los cuatro individuos trabajaban febrilmente.

Ya habían logrado la suficiente profundidad para enterrar a un hombre.

Pero Percy no los había visto nunca. No había razón para que lo matasen. No podían odiarle.

—¡Noooooo!

Sin que se diera cuenta, el largo y ululante grito había partido de su garganta.

Pero fue inútil otra vez.

Nadie le oyó.

—¡Cometéis un error! ¡Vosotros me habéis confundido con otro!
¡No me matéis! ¡No! ¡Noooooo...!

Pero los otros siguieron trabajando implacablemente.

Vestían de negro.

A la luz espectral del cementerio —luz de luna oculta por los densos nubarrones de la noche— veía sus rostros que eran de un extraño color ceniza.

Percy pensó entonces algo que en cierto modo le alivió: él estaba soñando. Todo aquello tenía que ser una maldita pesadilla con visos de realidad. A veces a uno, durante la noche, le suceden esas cosas. El, justamente, era propenso a las pesadillas. Se había despertado más de una vez bañado en sudor y lanzando gritos.

Sí, eso tenía que ser: un sueño.

Se golpeó con todas sus fuerzas la cabeza contra aquel árbol en que estaba apoyado, y que teóricamente no existía.

El daño le hizo lanzar un nuevo grito.

¡Infiernos! ¡Aquello no era un sueño!

¡El cementerio existía, aunque no comprendía cómo podía haber entrado en él!

¡Los cuatro hombres también existían!

¡Y sobre todo la tumba!

Pronto Percy comprendió algo horrible, algo más terrible aún que sus pensamientos anteriores.

¡Iban a enterrarlo vivo!

No llevaban ningún arma visible, y tampoco habían hecho ademán de matarle antes de introducirlo en la fosa.

Gimió desesperadamente:

—¡Al menos pegadme un tiro! ¡Acabad de una vez, malditos!
¡Acabad de una vez!

Los otros «acabaron».

Pero de la forma que Percy más temía.

Salieron de la fosa y lo sujetaron brutalmente, arrojándole a él al fondo. Quedó tendido en tierra. De ese modo, con los pies y las manos atadas, Percy no podía levantarse. Un hombre bien preparado físicamente lo hubiera conseguido, pero Percy no era un atleta ni mucho menos. Él no había hecho ejercicio jamás. Siempre se había dedicado al Banco. A sus negocios sentado en una poltrona.

Gimoteó:

—Pero... ¿por qué?

Pronto lo comprendió.

Fue cuando aquella figura irreal, brumosa, se perfiló entre la niebla.

Vestía de negro.

Sus manos largas y espectrales estaban cubiertas de vendajes blancos.

Su boca estaba entreabierta, dejando ver solo dos largos y afilados dientes.

Era horrible.

Era una de esas figuras de pesadilla, una de esas visiones macabras que no se olvidan jamás.

Pero Percy sabía que no era una pesadilla.

Ahora sí que lo sabía.

Conocía a aquel hombre, o más bien a aquel espectro.

Pero no podía ser.

—Es... es imposible... —balbució.

El fantasma llegó hasta el borde de la fosa.

Reía siniestramente.

Su voz fue como un sonido de ultratumba cuando susurró:

—Todo llega, Percy. Y lo tuyo ha llegado... ¡Ahora!

No dijo nada más.

Hizo una seña a los cuatro hombres.

Éstos empezaron a lanzar paladas de tierra sobre el cuerpo de Percy.

¡Lo estaban enterrando vivo!

Percy aulló:

—¡Nooo! ¡Nooo! ¡Perdonadme! ¡Tengo mucho dinero! ¡Os lo entregaré todo! ¡Todo, lo juro...! ¡Lo juroooo...!

Pero también fue inútil.

Percy sabía que el espectro no iba a perdonar. Y que con su dinero nada arreglaría.

Pero lo intentó. Tenía que probarlo todo. Tenía que luchar hasta el fin. ¡Hasta el fin...!

—¡Os lo daré todo! —gimió—. ¡Millones y millones de dólares! ¡Un río de oro! ¡Todoooo...!

De pronto sintió que se ahogaba.

Una palada de tierra acababa de penetrar en su boca.

Se revolvió, tratando inútilmente de ponerse en pie.

Varias paladas de tierra, cayendo de golpe sobre él, le derribaron nuevamente.

Aún pudo gritar, mientras le dominaba la angustia de la muerte:

—¡Noooo...!

Luego nada.

La tierra seguía cayendo sobre él.

Percy tenía los ojos desencajados, terriblemente abiertos, hasta que de pronto la tierra también se los cegó.

Lo último que vio fue aquella figura espectral, de aquelarre, al borde de la fosa.

Y la niebla que lo rodeaba.

Y la luz de la luna cubierta por espesos nubarrones negros...

CAPÍTULO II

—Tiempo despejado sobre Dallas... Hay visibilidad perfecta. Anuncian que podemos aterrizar normalmente.

El comandante del avión, que había salido de la cabina a tomar una taza de café en compañía de la azafata (¡demonios, y qué piernas tenía aquella chica!), oyó con una sonrisa aburrida el informe del segundo piloto, que llevaba los mandos del aparato.

No necesitaba que le dijeran lo del tiempo despejado sobre Dallas.

Lo había leído en el informe meteorológico que le dieron antes de partir.

Y veía la luna, magnífica y solitaria, brillando casi a la altura de sus cabezas.

Pero de todos modos dijo:

—Gracias.

Aquellos informes de pura rutina eran absolutamente necesarios.

A veces se daba el caso de encontrar tiempo despejado en toda la ruta y tropezar con un nubarrón aislado sobre la mismísima pista de aterrizaje, lo que podía provocar una catástrofe.

Ocupó su puesto y tomó los mandos.

El segundo piloto bostezó disimuladamente.

—Puede ir a tomar una taza de café —dijo el comandante—. Tenemos tiempo. Y, si puede, eche un vistazo a las piernas de la azafata Taylor, la que ha estrenado la línea hoy. Procure no marearse.

El segundo piloto sonrió.

Él ya había echado un vistazo —y largo— a las piernas de la azafata nueva, mientras subía la escalerilla.

Tomó la taza de café con cierta rapidez y luego fue a la sección de pasajeros de segunda clase.

Ésta se hallaba casi vacía.

Viajaba poca gente en aquel vuelo, que realizaban con un magnífico «Boeing 707», de tres motores en la cola. Cuando aún no ha terminado el verano, sólo va a Dallas el que de veras necesita ir. Un aire terriblemente seco y caluroso invade las calles. Cuando uno se mete en un local con aire refrigerado —y todos lo tienen— respira. Cuando sale a la calle otra vez, tiene ganas de morir.

El segundo piloto se dirigió al único pasajero que ocupaba la tercera línea de asientos, junto a la ventanilla.

—Bueno, Jim, ya estamos llegando.

Jim era un hombre joven, de unos treinta años. Le sonrió.

—Me ha gustado mucho encontrarte de nuevo, Rod.

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

—Casi quince años.

—Es curioso. Dos viejos amigos de la infancia y en el primer momento parecía como si no nos conociéramos.

—El tiempo pasa de una manera increíble, muchacho.

—Sí. —Yo ya me encuentro con treinta años— dijo Jim. —Tú, al menos, tienes un empleo bien pagado y seguro. Yo, en cambio... ¿yo qué sé? A mi edad soy un don nadie. Si en Dallas fracaso no sé lo que voy a hacer.

Rod cambió de conversación señalando a través de la ventanilla la ciudad cuyas luces refulgían en la noche.

Daban una pasada sobre Dallas.

El avión se ladeaba ya para perder altura.

—La conozco como la palma de la mano —dijo—. Aquellas luces de la calle más larga corresponden a Commerce Street, dónde está el periódico que buscas. Ahora encontrarás gente en la redacción. Puedes aprovechar la noche todavía.

—Gracias, iré sin falta.

—Ahora tengo que dejarte —dijo Rod—. Vamos a iniciar las maniobras de aterrizaje. En ese momento hace falta que trabaje toda la tripulación.

Le dio la mano y le deseó suerte.

Jim miró pensativamente las luces de la ciudad, que se alejaban ahora.

«Suerte».

Sí. De veras la necesitaba.

Toda su vida había sido un inútil. Había vivido del dinero de sus

padres, que tenían una tiendecilla en Oaklan, al otro lado de la bahía de San Francisco. Pero ahora sus padres estaban muertos, y la tiendecita, cargada de deudas, estaba liquidada. Hacía falta trabajar.

Le habían dicho que en Dallas...

Dejó de pensar.

El avión casi había anulado el régimen de sus motores, planeando a baja altura sobre la pista.

Pronto notó el tranquilizador contacto de las ruedas sobre el suelo.

Tres cuartos de hora después estaba en el modesto London Hotel, dándose una ducha. Y quince minutos más tarde caminaba hacia la parte alta de Commerce Street, donde estaba el edificio del periódico *Texas Star*, donde pensaba encontrar trabajo.

En efecto, había gente trabajando en la redacción a aquella hora. Las máquinas tecleaban ruidosamente. Algunos tipos con la corbata desanudada y las mangas de la camisa recogidas, lanzaban de vez en cuando brutales imprecaciones, cuando el artículo que estaban escribiendo les salía al revés de lo que el redactor jefe esperaba.

El redactor jefe era un hombre joven. Jim calculó que tendría su misma edad, es decir treinta años. Se notaba que practicaba el deporte; en cierto modo era un verdadero atleta. Pero se le notaba cansado. Tenía la mirada perdida, casi ausente.

Recibió a Jim muy bien, a pesar de que era la hora crítica, esa hora en que las linotipias piden trabajo sin cesar, porque el tiempo se echa encima. Leyó con atención la carta que el recién llegado le tendía.

—Veo que le recomiendan al señor Percy, el propietario de este periódico —dijo—. Desgraciadamente el señor Percy no está aquí. Tampoco es fácil que lo encuentre jamás en este periódico.

—¿No se dedica al negocio?

—Su verdadero negocio son los Bancos. Es casi el propietario absoluto de dos de ellos, desde que cobró una herencia fabulosa. El periódico lo compró de saldo. Pero casi nunca viene por aquí.

Y añadió:

—Mejor. Porque, entre nosotros, el tal Percy es un buitro.

—Vaya... Lo..., lo siento. Pero podrá atenderme el director.

—El director está de vacaciones por Europa, y yo le sustituyo.

Pero he de darle una mala noticia, amigo Jim. Tengo órdenes terminantes de no admitir a nadie.

Jim se mordió el labio inferior.

—De verdad... Necesito trabajar. Cuando era muy joven trabajé en el *Criatian Science Monitor*. Decían que no era un mal periodista. Pero aquello resultaba demasiado duro para un vago como yo. Con el pretexto de ayudar a mis padres, volví a la tiendecilla que éstos tenían en Oakland. En realidad, me han mantenido durante diez años. No daba golpe... Pero ahora necesito demostrar que soy un hombre, que sirvo para alguna cosa.

—De verdad le ayudaría con mucho gusto, Jim Pero no sé qué hacer.

—Veré al señor Percy.

—El señor Percy avisó que estaría un par de días sin aparecer por su despacho. De vez en cuando hace esas cosas.

—Lo... lo siento. No tengo ni para pagar el hotel.

—Ha dejado que las cosas llegaran demasiado lejos. Se ha metido en un lío en el que nunca debió meterse Jim. Pero, en fin, no sufra por eso. Yo mismo le pagaré el hotel.

—No es usted lo que se dice una mala persona, señor Carson.

El redactor jefe se encogió de hombros.

—Soy como todo el mundo con dos pequeñas diferencias. Primera: yo también he pasado apuros. Segunda: no he olvidado lo que uno siente cuando los pasa.

—Sé... sé que es pedir demasiado. Pero quisiera algo más: que me diese una oportunidad, señor Carson.

—No puedo hacerlo sin permiso del director.

—Es que...

—Bien... Le comprendo. Puede intentar hacer algún reportaje. ¿Tiene ideas? ¿Qué tal anda de imaginación?

Jim produjo un chasquido con dos dedos de la mano derecha.

—Siempre he soñado con hacer un reportaje que los demás no han hecho.

—En eso soñamos todos, al empezar. Pero luego nos enteramos de que, desgraciadamente, cualquier cosa que imaginemos ha sido escrita ya.

Jim susurró:

—¿Hay algún manicomio por aquí cerca?

—¿Para qué?

—Déjeme hacer una prueba. Es asunto mío. Dígame sólo si hay algún manicomio en Dallas.

—Sí, hay uno... No se trata de una institución enteramente oficial, sino más bien de una clínica privada. Pero los locos sometidos a vigilancia judicial también van a parar allí. Está en Elmore Street, en la parte alta de la ciudad. Pero dígame de una condenada vez... ¿Qué pretende?

—Les demostraré a todos que no soy un mal periodista ni un inútil, a pesar de que durante los últimos años haya vivido en la vagancia más absoluta —susurró Jim con expresión tensa y con los puños apretados—. Les traeré un reportaje que hará que el señor Percy, el director y usted se quiten el sombrero, si es que lo usan. Y tendrán que darme una plaza en este periódico. Les demostraré a todos que valgo todavía.

Carson sonrió comprensivamente. A pesar de su juventud, había visto ya a muchos hombres que soñaban con lo mismo. Le tendió la mano.

—Le deseo que tenga suerte, Jim. Mucha suerte... pero sin hacer tonterías. ¿Cuál es su hotel?

—El London.

—Hum... Bastante barato. No se preocupe por la factura, Jim. Y ahora perdóneme. El regente de imprenta, abajo, debe estar rugiendo porque los linotipistas no tienen nada que componer.

Le hizo un gesto amistoso, cuando el otro salía, y volvió a abismarse en la corrección de una serie de originales que aguardaban sobre su mesa. Algunos iban directamente a la papelera; otros bajaban por el tubo neumático a imprenta, una vez apuntados sobre ellos unos signos que indicaban el tipo de letra en que debían componerse, así como los titulares que debían acompañar a la información. Cinco minutos después de la visita de Jim, Carson ya se había olvidado de la existencia de éste, aunque tuvo buen cuidado de apuntar que debía pasarse por el hotel London a abonar la cuenta.

No volvió a ver a aquel desesperado individuo que venía de Oakland hasta, tres días después. Fue en la misma Commerce Street, en una cafetería llamada Picaddilly, donde Carson había entrado a comer algo antes de volver a la redacción. Jim estaba sentado ante

una mesa, con los codos apoyados en ésta y la cabeza hundida entre las manos. Su mirada parecía ausente, perdida como la de un alucinado.

Carson se sentó ante él, depositando la bandeja sobre la mesa.

—Hola, Jim —murmuró amistosamente—. ¿Qué hace por aquí? ¿Consiguió su reportaje?

Jim no le miró.

Su expresión era la de un hombre que no ve nada, que no sabe si está o no está en el mundo.

—¿Qué le ocurre? —musitó Carson—. ¿No se encuentra bien, Jim?

Jim musitó apenas, sin despegar los labios, unas palabras que no tenían sentido.

Sólo dijo:

—He visto el cementerio...

CAPÍTULO III

Hacía mucho calor en Dallas, pese a, estar ya a finales de verano.

La gente que no tenía más remedio que ir a sus despachos con americana, la llevaba por la calle bajo el brazo. Todo el ambiente era provinciano y triste. Carson había pensado muchas veces que era doblemente amargo el que Kennedy hubiese venido a morir a una ciudad así.

El misterio que rodeaba aún la muerte del presidente le había obsesionado muchas veces, a través de los años.

Pero se olvidó de aquello para susurrar:

—¿Qué cementerio, Jim?

—El... el que sólo se ve durante la noche.

—No debió hacerlo.

Jim le miró apenas con sus ojos turbios.

—¿Hacer? ¿El qué?

—Visitar los cementerios de la ciudad.

—Se equivoca. No visité ninguno.

—Pues entonces... ¿dónde vio ése?

—Sólo abrí una puerta y... y el cementerio estaba allí, esperando.

Jim hedía a alcohol apenas abría la boca.

«Lo que le faltaba —pensó amargamente—. Por ese camino no irá más que al manicomio, pero de verdad».

Susurró:

—¿Había bebido?

—Un... un poco.

—¿Cómo cuánto, más o menos?

—Un cuarto de botella de *whisky*.

—Eso es suficiente para no saber lo que uno ve, amigo.

—Le juro que... estuve ante ese cementerio. Se abría la puerta

y... ¡zas!... Uno se encontraba allí, entre los cipreses mecidos por el viento.

—¿De noche?

—Sí, era de noche. Y la luna estaba cubierta por espesos nubarrones. Me asusté tanto que volví hacia atrás. No..., no sabía bien lo que hacía. Quizá me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, había caído desde la ventana a la calle. La gente me zarandeaba. Menos mal que vivía en un primer piso, porque de lo contrario me hubiese matado. Aunque no sé qué es lo que hubiera sido mejor...

Carson le pasó suavemente unos dólares a través de la mesa.

—¿Quiere un consejo, amigo? Estese un par de días durmiendo en su habitación del hotel. Verá cómo todas esas pesadillas se evaporan. Cuando esté mejor, vuelva al periódico. Quizá de momento pueda conseguirle algo, aunque sea muy modesto.

Jim se puso en pie, bamboleándose, pero no recogió el dinero.

—¿Para qué lo quiero? —susurró—. ¿Para qué necesita los dólares un hombre que ha visto el cementerio?

Carson le miró con sorpresa.

Como la mayoría de sus conciudadanos, él había sido educado en una civilización materialista, en la que los dólares lo eran todo, y lo demás no significaba nada.

Murmuró:

—Vamos, lléveselos. Los empezará a necesitar cuando deje de ver esas condenadas pesadillas.

—No... no era una pesadilla.

—Descanse, Jim... Descanse... Y para cualquier cosa que necesite, llámeme.

Jim necesitó apoyarse en la mesa para no caer.

Salió del Picaddilly palpando los muebles, como un borracho que no puede sostenerse en pie.

Al lado de la cafetería existía una tienda de libros con su correspondiente sección de revistas pornográficas, muy habituales hoy en todo Estados Unidos. Una advertencia rezaba «Adults Only», o sea solamente para personas mayores, pero era dudoso que el dueño vigilara la edad de los clientes. Jim se plantó allí sin saber dónde estaba. Una docena de individuos, la mayoría de ellos negros, hojeaban las publicaciones sin decidirse a comprarlas. El joven salió

de allí. Se sentía mareado.

Carson le vio aún cruzar la calle, desde los cristales de la cafetería.

Luego ya no lo vio más.

Por lo menos vivo.

Fue a las dos de la madrugada, en la redacción, cuando le dieron la noticia.

Foster, el reportero de sucesos más antiguo del *Star of Texas*, se sentó en el borde de la mesa y se apropió del paquete de cigarrillos de Carson, fumando con avidez. Luego dijo:

—Bueno, me largo.

—¿Ya te vas a casa? No me has dado una maldita cosa que valiera la pena. Tengo la sección paralizada. Abajo no han empezado ni siquiera a componer la página.

—Me largo a trabajar —susurró Foster—, no a casa. Creí que lo sabías.

—¿Saber qué?

—Ha habido un suicidio en el London cerca de aquí.

Carson no se impresionó. ¡Se suicidaba tanta gente al año, incluso en una ciudad no demasiado grande como Dallas!

—Bueno —dijo con insensibilidad puramente profesional—, entonces ha habido suerte. Tendremos algo para esta noche. Vete con un fotógrafo y escribe algo que haga dos columnas. Me dictas los titulares por teléfono, para que empiecen a trabajar.

—Cuenta con ello dentro de quince minutos.

Foster salió.

Llamó dos minutos antes del tiempo convenido.

—Ya tengo los titulares, maldito jefazo: «Suicidio de un presunto loco». Y en letra más pequeña: «Se arrojó al vacío desde el octavo piso del hotel London».

Las fotos ya están siendo reveladas. Dile al grabador que habrá trabajo rápido de última hora. Son buenas.

—De acuerdo. Ven enseguida. La máquina te está esperando.

—Muy bien. Pero oye antes, maldito jefazo: ¿lo digo o no?

—¿Decir? ¿Qué?

—Que el tipo que se ha matado fue el mismo que estuvo en la redacción hace unas noches. Habló contigo.

Carson sintió que el auricular temblaba en su mano.

—¿Lo has visto? —masculló.

—Claro... El pájaro estaba desplumado del todo. Hecho un higo. No van a poder aprovecharse sus restos ni para la cámara de cremación.

Y colgó.

Carson dejó caer el auricular como si este temblara en sus dedos.

No sabía por qué se extrañaba. Al fin y al cabo era natural que un tipo como Jim acabara así.

Pero se sentía impresionado.

Uno no es dueño de sus propios sentimientos.

Carson escribió maquinalmente los titulares dictados por Foster, los marcó, los envió a imprenta y salió de la redacción.

El London tenía nueve pisos. Jim estuvo alojado en el octavo. En su modesta habitación, ahora con todas las luces encendidas, la policía aún tomaba fotos y medía con una cinta métrica la última posición del cuerpo en la cama.

El inspector Barklay miró de reojo a Carson cuando éste entró.

Carson, siendo un simple reportero, había escrito que la policía de Dallas era la peor del mundo, después de los asesinatos del presidente Kennedy y de Oswald, su presunto matador. Y Barklay se acordaba de eso todavía.

—¿Qué le pasa, chupatintas? —masculló—. ¿Viene a sacarle punta al simple suicidio de un borracho?

Y señaló la botella de alcohol que aún descansaba sobre la mesilla.

Carson no contestó.

Fue directamente a la ventana de guillotina, que estaba alzada, y cuyo alféizar quedaba muy bajo. Miró desde allí el modesto abismo que tenía a sus pies, un abismo en el que, sin embargo, podía matarse varias veces un hombre.

Luego se volvió.

—¿Estaba en la cama?

Barklay lanzó un gruñido.

—Ujú.

—¿A qué hora aproximadamente?

—Sobre las dos menos diez de la madrugada. Es natural que la gente normal esté en la cama a esa hora, ¿no?

—¿En pijama?

—Sí. ¿Y qué?

—La gente que ha decidido matarse no consigue meterse en cama. No es normal que un tipo salte de entre las sábanas, de repente, para lanzarse por la ventana. ¿O sí?

Barklay lanzó una imprecación.

—No hay nada normal en los suicidios ni en los asesinatos, chupatintas. Y ahora lárguese de aquí. Ya ha estado Foster y le he dado facilidades, de modo que he hecho más de lo que debía. Aquí no tiene nada que pelar, intruso.

Carson descolgó el teléfono.

Llamó a la redacción.

—Bill —dijo al confeccionador, que ya estaba en la platina—, he olvidado enviarte lo del servicio meteorológico. Reclámalo cuanto antes y ponlo en el sitio de costumbre.

—Ya lo he reclamado. Pero es igual, aunque no lo publicáramos daría lo mismo. Desde hace unas semanas, las palabras son idénticas: «Elevadas temperaturas y cielo totalmente despejado en la comarca». Es lo que aparecerá mañana, y pasado, y al otro, si el cielo no nos regala un poco de agua.

Carson murmuró:

—Bueno, es igual. Aunque siempre ocurra lo mismo, la gente necesita saberlo.

Y colgó.

Una condenada idea bailoteaba en su cerebro.

Era lo del cementerio que Jim dijo haber visto, un cementerio bajo la luna cubierta por densos nubarrones.

¿Dónde? No pudo ser en Dallas ni en su comarca. Allí la luna siempre estuvo despejada.

¿Quizá el sueño de un alcohólico? ¿O el de un hombre cuya mente está enferma?

Todo era posible, pero había algo más. Jim también había dicho que cayó desde un primer piso.

¿Dónde? No podía ser en el London, pues allí estuvo en el octavo.

Descolgó de nuevo el auricular y disco el número de un establecimiento de grandes dimensiones situado en Elmore Street, en la parte alta de la ciudad.

—¿Sanatorio mental de la doctora Patrick?

Una voz cansada le respondió:

—Sí, pero la doctora Patrick no está ahora, naturalmente.

—¿Es usted el portero de noche?

—Por desgracia. ¿Quiere que le explique lo que gano?

—No hace falta. Si le digo lo que gano yo, no sé quién se echará a llorar primero. Necesito saber si un tipo llamado Jim ha estado internado un par de días en ese establecimiento.

—¿Jim y qué más?

—Jim no sé cuántos.

Ahora se daba cuenta Carson de que no conocía ni el nombre del joven que llegó desde Oakland.

Pero el portero de noche resultó ser más servicial de lo que suponía.

Sin hacerle nuevas preguntas murmuró:

—Consultaré el libro registro.

Y al cabo de unos instantes:

—Sí. Se llamaba Jim Spencer. Vino aquí diciendo que necesitaba una revisión porque padecía manías depresivas. Llevaba una póliza de una compañía de seguros que garantizaba los gastos para cualquier clase de enfermedad, y por eso le admitimos. Pero no se sabe lo que le ocurrió al cabo de un par de días, porque se arrojó por una ventana. Menos mal que sólo estaba en un primer piso. Luego desapareció.

Carson arrugó el ceño.

Por lo visto aquello de lanzarse por las ventanas había sido el deporte favorito del pobre Jim Spencer.

Había ido a un manicomio en busca del gran reportaje de su vida, el que le abriera otra vez las puertas del periodismo. El reportaje de un hombre que finge ser un loco entre los locos.

Mal asunto.

Alguien lo intentó antes que él y terminó más demente que aquéllos a quienes había ido a observar[1]. Quizá a Jim le había sucedido lo mismo.

Carson dijo suavemente:

—Gracias, amigo.

Y colgó.

Barklay le miraba socarronamente.

—¿Qué? ¿Va a armar escándalo, chupatintas? ¿Todo porque un tipo ha querido hacer tres cursos de paracaidismo en uno, ahorrándose además los materiales?

—No, no habrá escándalo.

—Vaya... Lo celebro por usted.

Carson avanzó tristemente hacia la puerta.

—¿Qué van a hacer con la mojama, Barklay?

—Je, je... Bonita manera de llamar a un cadáver. Están ustedes más materializados que nosotros, chupatintas. Si nadie lo reclama, lo enviaremos al crematorio. Si es al contrario, lo entregaremos con mil amores a aquel que nos lo pida.

—¿Tenía parientes Jim?

—¿De qué lo conocía?

—Ése es asunto mío, Barklay.

—Y mío... Bueno, como se trata del suicidio corriente de un vulgar alcohólico, le diré que hemos averiguado poca cosa hasta ahora. Tenía un pariente, una hermana que residía en Los Ángeles. Su dirección estaba en la cartera del muerto, y ya le hemos cableografiado. Puede que se presente aquí, o puede que no. Todo depende de lo que le interese la carroña de ese desgraciado.

Carson afirmó pensativamente.

Luego salió.

La calle estaba vacía.

Nunca la noche de Dallas le había parecido tan negra, tan hostil y tan siniestra.

Una idea daba lentamente vueltas en su cráneo, como los misteriosos anillos dan vueltas en torno a Saturno.

¿Por qué Jim le había hablado de un cementerio que estaba tras una puerta?

¿Por qué ese cementerio estaba bajo una luna cubierta por espesos nubarrones, cuando, desde una semana antes, en Dallas y su comarca, las noches habían sido absolutamente claras y limpias, sin una sola nube surcando el firmamento?

Debía ser todo un sueño, el maldito sueño de un borracho.

Carson decidió olvidarse de todo aquello.

Pero no pudo.

CAPÍTULO IV

«Somos solamente dos en esta maldita y sucia ceremonia — pensó Carson—. Solamente dos para despedir a un misterio...».

En efecto, una persona había acudido para despedir los restos mortales de Jim. Carson fue la otra. No quiso que la hermana del pobre desdichado estuviera sola en el momento de aquella difícil prueba.

Mientras el ataúd barato pasaba por los raíles, rumbo a la cámara crematoria, la miró.

La tenía delante, quieta.

«Buenas piernas, bonita delantera... Una cara de buena chica que al mismo tiempo lo sabe todo de la vida... Justo como a mí me gustan».

Estos pensamientos ocuparon la mente de Carson apenas unos segundos.

Luego se oyó el chasquido del ataúd al penetrar en la cámara crematoria.

Por fin ésta se cerró.

Dentro de unos minutos ya no quedaría nada de Jim, el hombre que había venido desde San Francisco para morir en Dallas, llevándose a la tumba un incomprensible misterio.

La muchacha lanzó un sollozo.

¡Todo aquello era tan triste, tan materializado, sin un ramo de flores y sin una oración...!

Carson susurró:

—Vamos, será mejor que salga de aquí.

La tomó por los hombros y la sacó de la sala.

Ella era suave, tensa y al mismo tiempo mórbida.

¿Veinte años? ¿Veintiuno?

Pocas veces Carson había visto un cuerpo tan perfecto. Y pocas veces lo había sentido tan inasequible y tan lejano.

—Ha sido muy amable —murmuró ella—. No estaba obligado a esto.

—No lo hago por obligación. Su hermano llegó a Dallas con una carta de recomendación para Percy, el propietario del periódico y fui yo quien le atendió. Fui la única persona a la que llegó a conocer en la ciudad. Lo que siento es tener que despedirme de sus restos de esta manera.

Y miró un poco hacia atrás.

Aún se oía el leve chasquido de las maderas del ataúd y del cuerpo de Jim al ser destruidos en el horno eléctrico.

Se llevó a la muchacha más lejos y le puso un cigarrillo en los labios tratando de que pensara en otra cosa.

—Lo curioso —añadió él mientras encendía—, es que Percy, la persona que quería ver su hermano, desapareció también. Había avisado que estaría un par de días sin aparecer por el Banco, que era el sitio donde podíamos localizarle si hacía falta consultarle algo. Pero no se le ha visto más por allí. Es también algo absurdo, algo que no entiendo.

Ella tosió porque no debía estar acostumbrada a fumar. Luego murmuró:

—¿Les dijo Percy por qué iba a estar unos días invisible?

—No nos lo dijo, pero todos lo imaginamos. Cuando le hablé a su hermano de él, le expliqué que Percy era un mal sujeto. A veces se liaba con alguna chica treinta años más joven que él, y entonces desaparecía por un par de días. Supongo que esta vez habrá ocurrido igual, pero me extraña tanta tardanza.

En aquel momento Carson estaba bien lejos de imaginar que Jim y Percy habían visto el mismo cementerio bajo la luna, y que uno de los dos hombres yacía enterrado en él.

Estaba lejos de imaginar que se abría una puerta y uno se encontraba ante las tumbas, entre los cipreses mecidos por el viento.

No, eso no pasó por su pensamiento ni una sola vez, a pesar de que Jim se lo había dicho.

Sin embargo se sentía atormentado.

Como ella, como la muchacha que se llamaba Jane.

Fue ésta la que murmuró con la mirada perdida:

—¿De verdad cree que mi hermano se suicidó?

—Eso dice la policía: que se arrojó por la ventana desde el piso octavo del hotel. Yo mismo vi la habitación y no tengo motivos para creer otra cosa. ¿Pero quién puede estar seguro de conocer la verdad?

—Mi hermano no se suicidó —dijo tenazmente Jane.

—¿Por qué está tan segura de esto?

—Yo le conocía bien. Jim tenía muchos defectos entre ellos el de ser muy poco trabajador, pero no era un mal cristiano. Creía en la vida eterna y sabía que no se va a ella arrojándose desde una ventana. Su fe era muy profunda, tanto que a veces había llegado a conmoverme. No, no puedo creer que se suicidara.

Carson afirmó con un gesto triste.

—Yo también pensé lo mismo por un momento, Jane, pero dudo de que lleguemos a conocer la verdad. Lo de su hermano ha terminado ya, desgraciadamente.

—No, no ha terminado.

—¿Qué trata de decir?

—Como sabe, yo vivía algo distante de mi hermano y de mis padres. Ellos regentaban una tiendecilla al otro lado de la bahía de San Francisco y yo trabajaba como secretaria en Los Ángeles. Tengo que reunir todos los papeles de mi hermano y resolver lo de la insignificante herencia de mis padres. Todo esto va a ser muy amargo para mí. Volver a la vieja casa, revolver papeles que no había tocado jamás... Es como si entrara a saco en la vida de mis padres y en la vida de Jim. No quisiera tener que hacerlo, pero de ese modo quizá daré con algo que aclare su muerte.

Carson no supo por qué dijo aquello.

No llegaron a saberlo nunca, pero lo cierto es que oyó sus palabras como si las pronunciara otra persona.

—Yo mismo la acompañaré, Jane.

Ella le miró sorprendida, parpadeando.

—¿Por qué había de hacerla? ¿Por qué se molesta por mí?

—No es ninguna molestia. Aunque quizá le parezca mentira no conozco San Francisco. Tengo derecho a unos días de vacaciones y puedo pedirlos ahora. Saldremos mañana mismo si usted quiere.

De ese modo Carson se vio metido hasta el cuello en un problema que había empezado con una carta que no iba dirigida a él. La verdad fue que, al iniciar aquello, no pensaba tener ninguna

aventura con la muchacha. Jane le gustaba, como hubiera gustado a cualquier hombre, pero su decisión al acompañarla fue la más desinteresada que había tomado jamás. Y así, al día siguiente, se vio metido con la preciosa muñeca en uno de los aviones que enlazan Dallas con la costa occidental de los Estados Unidos. El aparato hizo escala en Las Vegas y desde allí voló hasta San Francisco, hasta atravesar el impresionante panorama de las Montañas Rocosas, los inmensos desiertos y las majestuosas cumbres de Sierra Nevada, antes de llegar a la sonriente California.

Era verdad que Carson no conocía San Francisco.

La ciudad le causó al principio una impresión poco grata.

Las casas bajas y blancas, las grandes pendientes de las calles, la gente vestida de un modo desmadejado, confundían a un hombre acostumbrado a vivir en la calenturienta Tejas. Sin embargo San Francisco penetraba en un poco a poco, como una mujer que no resulta demasiado atractiva al principio pero en la que uno va descubriendo nuevas bellezas cada día. Carson tuvo la intuición de eso, pero no pudo comprobarlo. El misterio le envolvió tan pronto que todo volvió a ser como una pesadilla.

Aunque la vieja casa de Jane estaba en Oakland, al otro lado de la bahía, no fueron a ella directamente porque cuando llegaron a San Francisco eran ya las siete de la tarde. Decidieron hospedarse en dos habitaciones separadas del hotel Olympic, en la calle Eddy, una de las más turbulentas de la ciudad, y donde curiosamente están instalados —o en sus cercanías— los hoteles más respetables. Eddy era una calle de bares equívocos, de hombres que aguardan en las esquinas no se sabe qué y de policías que patrullaban apoyando la derecha en la culata de su revólver. Pero eso a Carson le importaba muy poco, porque había vivido en ambientes mil veces peores.

Les alojaron en el séptimo piso.

Carson despidió a la muchacha en la puerta.

—Ahora debes descansar, Jane. El viaje ha sido largo y lo que te aguarda mañana resultará penoso para ti. Te despertaré hacia las nueve, pero si tienes más sueño no te preocupes por eso. Lo importante es que te encuentres bien.

—¿De verdad crees que voy a poder dormir? —musitó ella—. Me parecerá ver a mi hermano en todas las sombras. Va a ser una

noche horrible para mí.

Las palabras de la muchacha tenían un tono triste, agorero.

Carson se impresionó, pero trató de quitar importancia a aquello con una sonrisa.

—No me asustes, Jane. No tratarás de suicidarte tú también...

—No lo haría por nada del mundo. Ni aunque fuera la mujer más desdichada del planeta cometería una estupidez así. Hay cosas en el mundo que no sé si haré, pero ésta sí que estoy segura de que no voy a hacerla.

Se izó sobre las puntas de sus pies y depositó un beso fugaz en los labios de Carson.

Fue un contacto tenue, insignificante.

Sin embargo Carson se estremeció.

Quizá nunca el beso de una mujer le había producido una sensación tan turbadora.

—Gracias —dijo ella.

Y desapareció.

Carson se quedó mirando pensativamente la puerta.

La muchacha estaba segura. No le ocurriría nada allí. Podía sentirse tranquilo.

Tomó una ducha fría y se acostó. Luego se metió en cama y consiguió dormir rápidamente.

Hasta las dos de la madrugada.

Hasta que aquello le despertó.

Aquel grito ululante de la mujer que va en busca de la muerte.

CAPÍTULO V

Carson miró maquinalmente la esfera luminosa de su reloj. La hora quedó grabada para siempre en su cerebro: Eran las dos y cinco de la madrugada. Luego saltó de la cama, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Le parecía estar soñando.

¿Había oído aquel grito realmente?

Pronto se dio cuenta de que no era un sueño.

Se oían otros gritos abajo en la calle.

Se vistió de un modo maquinal, en dos zarpazos, y salió al pasillo. Lo primero que hizo fue abrir la puerta de la habitación de Jane. Ésta no se encontraba cerrada con llave. Penetró como un ciclón y cayó casi encima de la cama. Estaba vacía. No se veía a la muchacha por ninguna parte.

Carson se negaba a creer aquello.

Su cerebro aún alimentó una última esperanza.

Fue al cuarto de baño y miró por si Jane estaba allí. Pero el cuarto estaba vacío. Carson volvió al dormitorio como un autómatas.

Sus ojos se clavaron en la ventana, que estaba abierta. El alféizar también era muy bajo. Sintió que se le cortaba la respiración.

No se atrevió a mirar por ella.

Su instinto le advirtió que si le veían asomarse por allí le identificarían como al culpable. Sudaba de angustia cuando volvió a salir al pasillo. Pensó que si le veían estaba perdido, pero afortunadamente aún no había nadie por allí.

No esperó al ascensor.

Después de cerrar la puerta y dejarla como la había encontrado, descendió de cuatro en cuatro las sencillas escaleras del hotel. En el tercer piso, una vieja estaba sacando una botella de bebida de la máquina expendedora situada en el pasillo. Lanzó un gruñido al ver aquella especie de bolido que pasaba junto a ella.

Carson se detuvo al llegar a la calle Eddy tras atravesar el vestíbulo del hotel.

Allí quedó quieto sin aliento, como petrificado.

Un grupo de curiosos, la fauna nocturna de las calles de San Francisco se había reunido en torno al bulto que yacía en la acera, entre un charco de sangre. Jane estaba casi irreconocible. Había caído de cara y su cabeza aparecía enteramente destrozada.

Carson sintió que el mundo rodaba bajo sus pies.

Su profesión le había llevado a ver cientos de cadáveres, pero ninguno le impresionó tanto como el de la muchacha. Con ojos desenchajados contempló lo que quedaba de ésta. De pronto tuvo que apoyarse en una de las paredes para no caer.

Era incomprensible lo que le sucedía.

Pero se sentía incapaz de aguantar aquello, incapaz de soportarlo.

Dos policías aparecieron de repente.

Como casi todos los que patrullaban por Eddy Street, sacaron inmediatamente sus revólveres al ver a un grupo de gente.

El conserje nocturno del hotel, un mejicano, había aparecido también. Lanzó un grito al ver el cadáver de Jane.

—¡Estaba alojada en este hotel! ¡Le dimos una habitación en el piso octavo!

Los dos policías actuaron inmediatamente. Mientras uno de ellos llamaba a la central valiéndose de la radio de su moto, el otro atravesó a la carrera el vestíbulo del hotel para dirigirse al ascensor. Carson le siguió. Mientras ascendían le dijo que él había viajado con la muchacha.

Con eso se transformaba en el primer sospechoso, pero no podía ocultar una cosa que de todos modos averiguarían minutos más tarde.

El policía le permitió acompañarle. Penetraron en la habitación.

Ahora Carson la vio con más serenidad. Fijándose en todos los detalles. Lo primero que observó fue que todo estaba en orden. Allí no existía la menor señal de lucha. El que ocupaba la habitación contigua, tampoco había oído nada, lo cual indicaba que nadie pudo sujetar a la muchacha para arrojarla por la ventana.

Entonces, ¿significaba que ella se había suicidado?

¿Cómo Jim?

El pensamiento horrorizó a Carson.

Le parecía oír aún las palabras que Jane pronunció al despedirse de él, pocas horas antes: «Eso estoy segura de que no lo haré». Jane, al igual que su hermano, también creía en la vida eterna. También creía que no se llegaba a ella arrojándose desde una habitación de hotel.

La tierra pareció vacilar de nuevo bajo los pies del joven.

Si Jane no se había suicidado, ¿qué podía pensar él?

El policía masculló:

—¿Pero dónde demonios está aquí la luz?

Carson se dio cuenta entonces de que lo estaban viendo todo a través del resplandor que llegaba del pasillo, cruzando la puerta. Ni él había encendido las luces al entrar la primera vez ni el policía lo había hecho tampoco. Los dos pasearon sus miradas atónitas por la habitación como si se encontraran en un planeta desconocido.

Por fin el joven señaló un puntito luminoso, casi insignificante que brillaba en una de las paredes.

El conmutador estaba allí, y el puntito luminoso indicaba precisamente su situación, para que el cliente no tuviera que buscarlo a tientas.

Fue Carson quien iluminó la habitación.

Pudieron ver entonces con perfecta claridad lo que ya habían vislumbrado en la penumbra. Todo estaba en perfecto orden excepto la cama. Daba la sensación de que la muchacha había saltado de ella expresamente para lanzarse al vacío.

Igual que su hermano Jim.

Carson no podía creerlo.

Sus ojos estaban desencajados cuando otros policías entraron en la habitación. A una señal del agente que le acompañaba le pusieron las esposas y lo sacaron de allí. Mientras tanto, dos inspectores revisaban su habitación. Iba a ser un trabajo rápido y bien hecho.

Carson fue sacado a la calle.

Sus ojos fueron instintivamente hacia el cuerpo de la muchacha.

Varios agentes la rodeaban ya por completo, mientras unos fotógrafos de la policía hacían funcionar sus máquinas. No obstante el joven pudo darse cuenta de un detalle que antes le había pasado inadvertido. El cadáver estaba medio abrazado a un enorme papel

color negro que ya se había manchado con su sangre. Daba la sensación de haber caído con él.

El joven se detuvo.

Aquel sencillo papel le obsesionaba.

Estaba seguro de que la muchacha no lo llevaba en su equipaje (cosa que además no hubiera tenido sentido) y de que tampoco estaba en la habitación. Entonces, ¿de dónde lo había sacado? ¿Qué significaba?

El policía que le escoltaba le dio un empujón.

—Vamos, tú.

Carson se encontró en Jefatura cuando aún creía estar viviendo un sueño. Comenzaron para él las horas de interrogatorios interminables, pero apenas se dio cuenta. No durmió durante dos noches y tampoco probó bocado en cuarenta y ocho horas. Nunca se hubiera creído capaz de aquello, pero lo resistió sin enterarse.

No obtuvo la libertad hasta dos semanas más tarde.

El pequeño jurado (que en los Estados Unidos se reúne para determinar si ha habido delito o no) declaró que Jane se había suicidado, al igual que su hermano Jim. Su caso quedó archivado como el de una familia de paranoicos que buscaban extrañamente su refugio en la muerte. No volvió a hablarse de esto nunca más.

Cuando volvió a Dallas era como su propia sombra.

Él sabía que Jane no se había quitado la vida.

Sabía que el papel negro al que murió abrazada significaba alguna cosa.

Sabía ahora que Jim no se suicidó tampoco.

¿Pero qué significaba todo aquello?

¿Acaso se estaba volviendo loco él también?

Al llegar a su ciudad se enteró de dos cosas más. La primera era que Percy, el dueño del periódico continuaba sin aparecer. La segunda era que quedaba en suspenso de su cargo hasta que la gente olvidara un poco las circunstancias de la muerte de Jane. Un periodista debe cuidar su reputación tanto como un político, y aquella macabra aventura había hecho a la de Carson un daño incalculable.

Eso le permitió reflexionar, profundizar en el misterio en que estaba envuelto.

¿Para qué?

Carson sabía que no iba a llegar a ninguna parte.

Tal vez a la muerte.

La muerte se presentó unos días más tarde ante él, cuando menos lo esperaba.

CAPÍTULO VI

Carson vivía en las afueras de Dallas, en un pequeño chalet situado en uno de los grandes barrios de la ciudad. El edificio tenía un solo piso y eso al menos tranquilizaba al joven. Porque sabía que no iba a sentir la tentación de arrojarle por la ventana.

Pasó muchas horas allí, tendido en la cama, mirando al vacío.

Siempre había sido un hombre activo. No se conocía a sí mismo.

Por las noches no conseguía dormir.

Pero aquella vez sí que se durmió. Justo cuando la muerte había decidido venir a visitarle.

Todo comenzó con un leve chasquido en el interior de su habitación.

El joven apartó la cabeza maquinalmente, sin estar despierto del todo. Fue eso lo que le salvó, aunque en aquel momento él no podía ni siquiera imaginarlo.

El filo del hacha se clavó en la almohada, hundiéndose en ella de tal modo que casi la parte en dos. Si la cabeza de Carson llega a estar en el sitio que se encontraba unos segundos antes, habría sido destrozada por el filo de acero.

El joven abrió los ojos.

Recobró la plenitud de sus facultades en fracciones de segundo. Vio el canto del hacha que se alzaba de nuevo. Antes de que cayera se arrojó a tierra.

El salvaje golpe del acero hundió varias baldosas, rozando su cuerpo. Carson saltó bajo la cama. Alzó un mueble con terrible rapidez lanzándolo contra su enemigo.

Éste vaciló. Sin embargo no llegó a caer del todo.

Fue entonces cuando Carson llegó a verlo bien.

Un estremecimiento de horror recorrió su cuerpo.

¿Era un ser humano?

¿Era una pesadilla?

La palabra que acudió a la mente de Carson, segundos más tarde, fue ésta: se trataba de un cadáver. Por increíble que pareciera, estaba ante alguien salido de su tumba.

La mente humana, en determinadas circunstancias trabaja mil veces más rápidamente que la más veloz máquina electrónica.

Los pensamientos eran en el cerebro de Carson como chispazos eléctricos y dominaban zonas terribles de sombras.

¿Era aquello lo último que habían visto los ojos desenchajados de Jim y de su hermana Jane?

¿Era por eso por lo que se habían arrojado al vacío?

¿A causa del horror?

Pero entonces, ¿por qué a él habían intentado matarle con un hacha?

Quizá por una sola razón: ¡Porque su ventana era demasiado baja para que se matara lanzándose por ella!

Esos pensamientos apenas ocuparon unas fracciones de segundo en el tiempo. Mientras tanto el aparecido se dispuso para una nueva carga.

Era una figura alta, siniestra.

Vestía enteramente de negro.

Sus manos estaban vendadas completamente de blanco, y destacaban tétricamente en la penumbra de la habitación.

En cuanto a su rostro, era terrible.

Diríase el de un cadáver medio descompuesto.

Carson se fijó en todo aquello mientras el hacha volaba de nuevo hacia él.

Pero el joven no era un tipo fácil de matar. Tenía el golpe de vista de un águila y la agilidad de una ardilla. Se pegó a la pared mientras el hacha se hundía inútilmente en ella, a dos pasos de su cabeza.

Se oyó un rugido.

El fantasma aullaba como una fiera rabiosa.

De su garganta escapaban sonidos guturales, inhumanos, abyectos.

Sus manos vendadas de blanco sujetaban el hacha con una fuerza venida de más allá de la tierra.

Carson buscó febrilmente, con los ojos, algo que le permitiera hacer frente a aquella terrible amenaza.

No podría estar demasiado tiempo esquivando los hachazos en aquella habitación pequeña.

Pero no tenía más que sus manos, sus manos desnudas que de poco le servían ante el Canto del hacha.

La momia se dispuso a atacar otra vez.

¡El ataque definitivo!

Había medido bien las distancias. Había ido cortando la posible retirada de Carson y ahora le tenía ante él, acorralado.

Carson se lo jugó todo a una carta. Atacó a su vez.

La lámpara de pie que estaba al alcance de su mano voló hacia la cabeza de su siniestro enemigo. La bombilla estalló casi en la cara de éste.

De la garganta de la momia escapó un grito de horror.

El estampido le había sobresaltado, al producirse en sus mismos ojos. O tal vez le recordaba algo que no quería recordar. El caso fue que por unos instantes —unos breves segundos que a Carson le parecieron una eternidad—, la momia permaneció inmóvil, con los ojos desencajados.

El joven aprovechó aquella pausa. ¡Tenía que hacerlo o, un minuto después, su sangre habría regado las paredes de la habitación!

Levantó ambas piernas y propinó un doble puntapié a las manos vendadas del aparecido. Aunque Carson tenía los pies desnudos, era un experto en aquella clase de lucha. El golpe fue lo bastante fuerte para que su enemigo soltara el hacha, con un gruñido de dolor.

A partir de entonces, las cosas habían cambiado.

Carson podía disponer de sus puños y sabía que el otro no lograría vencerle.

Pero la momia no se enfrentó a él. Lanzando una especie de gruñido, saltó hasta la puerta de la habitación, que estaba entornada. Unos segundos después, había desaparecido.

Carson la siguió, pero fue para ver cómo la puerta exterior del chalet se movía a impulsos de la brisa. El fantasma había desaparecido, huyendo a través del jardín. Y allí, entre la semioscuridad, podía preparar una trampa.

El joven no se arriesgó. No podía dar demasiadas posibilidades a aquella especie de vampiro.

Cerró la puerta y la aseguró, cosa que no había hecho al irse a

dormir unas horas antes.

Pensativamente regresó al interior de la casa y descolgó el teléfono. Discó el número de la estación central de la policía de Dallas.

Una voz ronca le contestó segundos más tarde:

—Policía... Diga... ¡Diga!

Carson apretó los labios.

No, no podía explicar aquello.

Era algo tan absurdo que la policía no llegaría a entenderlo jamás. Y menos viniendo de alguien como él, que al fin y al cabo era un sospechoso.

—Perdone —musitó—. Me he equivocado de número.

Y colgó.

Por centésima vez desde que había empezado aquel maldito asunto, la cabeza le daba vueltas lentamente.

CAPÍTULO VII

Pero si bien Carson no quiso llamar a la policía, decidió en cambio que llevaría aquel asunto hasta el fin.

El solo.

El llegaría hasta las entrañas de aquel misterio y descubriría a los asesinos de Jane, aunque ésa fuera la última cosa que hiciese en su condenada vida.

No pudo dormir en todo lo que quedaba de noche.

Fue dando vueltas a los acontecimientos, hasta llegar a dos conclusiones, las cuales arrancaban del primer suceso, es decir, la extraña muerte de Jim.

Primera: Jim podía haber muerto a causa de tener algún sucio negocio en común con Percy, quien por cierto había desaparecido también. No en vano llevaba una carta dirigida justamente a Percy, cuando llegó a Dallas. En ese caso, su muerte tendría unos motivos que habían nacido fuera de la ciudad, y que a Carson se le haría muy difícil averiguar.

Segunda: Jim había muerto a causa de algo que vio durante el curso del reportaje que trataba de realizar. Es decir, algo que vio en la clínica mental situada en Elmore Street. ¿El extraño e increíble cementerio? Tal vez fuera eso. En todo caso, aquí sí que había una posibilidad, un camino a seguir para Carson.

Y éste decidió seguirlo.

A la mañana siguiente, cuando se presentó en Elmore Street, en el Uptown de Dallas, nadie hubiera dicho que pocas horas antes habían intentado matarle, y que además había pasado la noche en blanco. Su aspecto era impecable. Llevaba un traje muy bien cortado y olía a loción fresca. Sólo le faltaba llevar una flor en la solapa, aunque podía decirse que Carson llevaba la flor —de color negro— en el alma. Una flor por una mujer muerta.

Desde la calle, examinó el edificio.

Había pasado muchas veces por delante, pero sin ocurrírsele nunca estudiarlo bien, como lo hacía ahora.

Se trataba de un edificio no muy alto: nueve pisos. Todas las ventanas, excepto las de la primera planta, tenían unas rejas muy artísticas, cuya justificación estaba clara: entre los clientes forzosos de un manicomio siempre hay un alto porcentaje que tiene, o puede tener, propensión al suicidio.

La entrada era discreta y sin ninguna espectacularidad. En el frontispicio se leía: «Institución médica de la doctora Patrick». No se indicaba si allí trataban de curarle a uno las manías persecutorias o simplemente le extirpaban el apéndice. Pero los dos robustos individuos, con pinta de campeones de *catch*, que paseaban por el umbral, insinuaban bien a las claras que muchos de los pacientes necesitaban allí «tratamiento especial».

Carson entró tranquilamente.

Él era un hombre bastante conocido en Dallas.

Y muy apreciado.

Si no, que se lo preguntaran al Inspector Barklay.

El empleado que atendía a los visitantes le reconoció enseguida. Y le dirigió una sonrisa.

—Hola, señor Carson.

—Buenos días. Quisiera ver a la doctora Patrick. ¿Es posible?

—No me dirá que usted viene a que le curen.

—Tampoco digo lo contrario. Todos los de mi oficio estamos un poco majaretas.

—¿De verdad quiere hablar con ella?

—Si puede recibirme, claro que sí.

—Un momento. La llamaré.

El empleado estuvo hablando brevemente por el teléfono interior, y luego dijo:

—Puede subir por aquel ascensor. Es en el último piso. Y en el despacho que está justamente enfrente de la puerta.

Carson subió.

Examinó con la mayor atención todos los detalles, pues suponía que cualquiera de ellos podía darle la clave de aquellas extrañas muertes. Resultaba lógico que los detalles más significativos no estuvieran a la vista, pero él miró los objetos como si cualquiera de ellos pudiese darle la explicación de lo sucedido. Y así se fijó en que

el ascensor funcionaba normalmente, era de paredes metálicas y ascendía con cierta lentitud. Por lo demás, el edificio tenía una salida de incendios, y los menores detalles indicaban seguridad, eficacia y limpieza.

En el último piso, ya le esperaba una secretaria.

Carson, que no conocía a la doctora Patrick, le confundió con ella.

—Buenos días, doctora Patrick.

—Se equivoca. Yo soy sólo su secretaria. Sígame, por favor.

Carson susurró:

—Perdone.

La siguió, mientras su mirada de halcón recorría los relieves de la mujer.

Era un desastre.

Estaba como para meterla directamente en una fosa.

Caderas estrechas, piernas huesudas, nariz ganchuda y gafas bailando en ella.

Muy diferente de la otra mujer que aguardaba en el lujoso despacho.

Diablos, muy distinta.

Piernas largas y mórbidas, en las que no se insinuaba ni un hueso. Cintura de avispa y caderas de diosa griega. Boca jugosa y fresca, que parecía estar diciendo: «Bésame, idiota». Y unos ojos brillantes y melosos, que no necesitaban del auxilio de los cristales ópticos.

Carson miró con cierto asombro a aquella especie de diosa.

Ella se sentaba con desenvoltura, casi con descaro.

Carson musitó:

—Estoy encantado de conocerla... doctora Patrick.

Ella se puso en pie para tenderle la mano.

Parte del encanto de aquellas piernas de diosa se disolvió en el aire.

—Me ha dado una sorpresa, señor Carson.

—¿Por qué?

—¿En qué puede ser útil una clínica mental al periódico en que usted trabaja?

—Quizá haya venido a pedirle tarifas. Todos estamos un poco locos en el *Star of Texas*.

—¿De veras?

La joven había vuelto a sentarse.

Y había vuelto a cruzar las piernas de aquella manera diabólica.

Carson musitó:

—Puede que no me crea, pero trato de hacer un reportaje.

—¿Usted...?

—¿Y por qué no?

—El periódico no lo publicó, pero oí decir que estaba usted en cuarentena o algo así. Que había tenido un lío judicial en San Francisco, con motivo del suicidio de una muchacha.

—Eso es cierto en parte. Pero precisamente por ello trato de rehabilitarme. Quisiera lograr un reportaje de los que no están al alcance de todo el mundo.

—¿Pretende que yo le ayude?

—Sólo deseo que me permita vivir unos días en este ambiente. Ver cómo es el mundo de los locos. Tratar de escribir en torno a ellos algo que no se haya dicho aún.

La doctora Patrick sonrió.

Tenía una sonrisa lejana y extraña.

—No es una idea del todo original, señor Carson.

—Nadie la ha realizado en Dallas.

—De acuerdo, pero la vida en un manicomio es... ¿cómo le diría?... un tanto triste y lastimosa. Puede que no me interese la divulgación de ciertos detalles.

—Eso tiene fácil arreglo. Usted misma corregiría el artículo antes de que yo saliera de aquí.

Ella reflexionó.

Parecía medir los inconvenientes de decir que sí, por un lado, y los que le sobrevendrían, por otro, si decía que no, en cuyo caso era muy fácil que tuviera a la Prensa en contra.

Al fin tomó una decisión.

—Por mí no hay inconveniente, señor Carson, pero he de hacerle dos advertencias.

—La escucho.

—En primer lugar, existe el peligro de que usted, viviendo entre anormales, llegue a sufrir anomalías también. Eso no es una broma. Le ha ocurrido ya a bastante gente.

—Es un riesgo que acepto, doctora Patrick. Pero tengo la

confianza de que nada va a ocurrir.

—En segundo lugar —continuó ella—, puede sufrir un accidente. Aquí hay locos de todas clases. Verdaderos ángeles de inocencia y verdaderos demonios de maldad. Resulta perfectamente posible que, si se mezcla entre ellos, alguien trate de matarle.

Carson entrecerró los ojos un momento.

Aquel pensamiento había cruzado ya su mente, para ser olvidado seguidamente. Ahora volvía a él, con toda su cruda y descarnada realidad. En efecto, allí podía ocurrirle muy bien un accidente.

Pero ya no estaba dispuesto a volverse atrás.

—Lo acepto también —repitió—. Ése es otro de los peligros con los que contaba.

—Pero yo no tengo la culpa de que usted haya decidido correr esos riesgos —musitó ella, entreabriendo los labios en una sonrisa que era a la vez tentadora y turbia—. Es decir, si algo le ocurre no quiero cargar con responsabilidades. Se hace cargo, ¿verdad?

—Perfectamente.

—En ese caso, deberá escribir antes una declaración en regla, diciendo toda la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que usted me ha pedido vivir en el manicomio unos días, para hacer un reportaje, y que yo he accedido a su petición. Declarará que de cualquier cosa que pueda ocurrirle, es usted el único y voluntario responsable.

Carson sonrió.

—Verdaderamente tiene que ser así —dijo—. Ésa es la verdad, la única verdad.

—Entonces, escriba. Aquí tiene papel.

Carson no vaciló tampoco. Redactó en pocas líneas una declaración en regla, explicando lo que había sucedido, y luego estampó su firma al pie. El papel fue, seguidamente a poder de la hermosa mujer, que lo guardó cuidadosamente en uno de los cajones de su despacho.

—Muy bien —dijo ella a continuación—, ahora ya puede ingresar. ¿Qué es lo que más le interesa de nuestra organización?

—Pues... el edificio.

Ella le miró extrañada.

—¿El edificio...?

—Quiero decir que me interesa todo. Las instalaciones, los servicios...

—En ese caso tendrá carta blanca para moverse por dónde quiera. Se lo advertiré a los empleados.

—Gracias, señorita Patrick.

—No es necesario que me llame así, con tanta ceremonia. Llámeme simplemente Lorena.

—Gracias, Lorena.

Ella no hizo ningún comentario más.

Oprimió uno de los timbres de colores que adornaban uno de los lados de su mesa. Al instante se presentó la secretaria de las piernas delgadas y la nariz ganchuda.

—El señor Carson será nuestro huésped —dijo Lorena Patrick—. Advértalo a los jefes de todos los servicios. Podrá moverse por dónde le parezca sin limitación alguna, y no estará sometido a tratamiento. En cualquier momento en que lo crea oportuno, podrá salir de aquí.

—Entendido, señorita Patrick.

Carson tendió la mano a la hermosa doctora, despidiéndose de ella, y siguió a la secretaria. Cerró los ojos para no mirarla, porque de lo contrario iba a conseguir que las mujeres no le gustaran durante un mes. Minutos más tarde estaba instalado en una habitación del séptimo piso, con rejas en las ventanas. Al quedarse solo, Carson comprobó la solidez de los barrotes y se dio cuenta de que éstos, pese a tener el aspecto de un adorno, eran tan sólidos como los de una cárcel.

La habitación tenía una forma cuadrada y era de reducidas dimensiones. No había en ella más que una cama metálica empotrada en el suelo, una banqueta también empotrada, un lavabo con un armarito y un sostenedor para un juego de toallas. Nada más.

Resultaba muy difícil suicidarse, porque no había ningún punto en el que sujetar, por ejemplo, un cinturón o una corbata.

Carson abrió la puerta para otear en el pasillo.

Había allí otras trece habitaciones como la suya, siete a cada lado. Al final existían otras dos habitaciones, cuyas puertas estaban pintadas de color diferente. Una, al parecer, llevaba a las duchas, y

la otra a los restantes servicios higiénicos.

No se escuchaba nada, ni el vuelo de una mosca.

Los locos debían estar en las salas de juego, o quizá paseando por el patio. Se asomó a una de las ventanas interiores y comprobó que era así, en efecto. Docenas de hombres vestidos de blanco paseaban en silencio por un patio cuyo piso era de cemento. Dedujo que las mujeres debían estar en otro sitio.

El decidió esperar.

Se tendió en la cama, mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

La verdad fue que no llegó a ninguna conclusión.

El ambiente del manicomio le parecía perfectamente normal.

Lorena Patrick no había puesto ningún obstáculo a que él hiciera investigaciones.

¿Por qué sospechar entonces? ¿No estaría, al fin y al cabo, perdiendo el tiempo?

Transcurrida una hora se levantó.

Miró por la ventana otra vez.

Los enfermos vestidos de blanco seguían paseando, abajo, como colegiales. Producían un efecto casi espectral con sus uniformes blancos. Carson los fue mirando con más detalle.

Y por fuerza tuvo que llamarle la atención uno de ellos, tan fuerte y alto como una verdadera torre humana. Era uno de esos tipos que salen al *ring* y hacen que el público se levante de sus asientos. Carson se preguntó lo que costaría dominar a un tipo así, si por casualidad era un loco furioso.

Entonces sonó una sirena.

Los enfermos fueron reuniéndose a un lado del patio, de donde pasaron al interior del edificio.

Carson se sentó en la banqueta, mientras trataba de hacerse mentalmente un plano del enorme local.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, sumido en estas reflexiones.

De pronto alguien golpeó con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo Carson.

Una enfermera muy bonita entró entonces. Vestía irreprochablemente de blanco y tenía las piernas largas y bien torneadas. Era portadora de una bandeja donde había diversos

alimentos y, una gran botella de leche.

—Son ya las dos de la tarde —dijo—. Hemos creído que debía comer alguna cosa.

—La verdad es que no tengo demasiado apetito.

—De acuerdo, pero mientras se halle aquí deberá seguir los reglamentos. Se cena a las ocho.

Carson dirigió una turbia ojeada a la botella de leche.

—¿Qué es esto? ¿No tienen *whisky*?

—Aquí están prohibidas las bebidas alcohólicas.

—Claro, lo comprendo... Pero es una maldita lástima.

La enfermera hizo un mohín.

—Cuando esté listo, deje la bandeja en una mesita que verá al final del pasillo. Allí nos ocuparemos de recogerla.

Y salió.

Carson miró los alimentos que le habían servido.

No eran malos, y por otra parte él empezaba a tener verdadero apetito.

Mientras comía, vio que estaba oscureciendo por momentos.

La tarde se había puesto casi negra, pareciendo como si de pronto hubiera llegado la noche. Una serie de relámpagos rasgaron el espacio, y casi enseguida se puso a llover.

Carson terminó su comida.

El ambiente se iba oscureciendo por instantes.

Salió de la habitación y fue a dejar la bandeja en el pasillo, como le habían indicado.

En efecto, al final del corredor distinguió una mesita.

Y estaba allí cuando la puerta del ascensor frontero se abrió.

De él descendieron dos hombres.

Dos hombres que llevaban entre las manos algo alargado y siniestro.

Tan largo y tétrico como un ataúd.

Carson sintió que una corriente de aire frío le pasaba por la espalda.

No era un cobarde, y lo había demostrado en cien ocasiones a lo largo de su vida.

Pero aquello le impresionó. Todo contribuía a ello. La lluvia, los rayos que surcaban el espacio, aquel edificio desconocido... Y aquel

maldito ataúd que le pasaban por delante de las narices, como si hubiera de ser el suyo.

Carson murmuró:

—¿Qué ocurre?

Los dos hombres le, miraron con sorpresa.

—¿Por qué pregunta eso? ¿Quién es usted?

—Estoy aquí con autorización de la doctora Patrick.

—Ah, bien...

—¿Adónde llevan este ataúd?

—Alguien ha muerto.

—¿Quién?

—Usted no debe conocerlo, puesto que lleva pocas horas aquí.

Se trata de un enfermo que estaba recluido.

Y no añadieron una palabra más.

Simplemente pasaron con el ataúd a una de las habitaciones del mismo pasillo, muy cerca de la que ocupaba Carson.

Éste regresó a su cubículo.

Demonios, estaba dispuesto a no moverse de allí.

Quería saber quién era el muerto.

A él le había parecido que no existía ningún enfermo en aquel pasillo, y por tanto no era lógico que así, de repente, se hubiera producido una defunción.

Aguardó durante largo rato, con todos los nervios tensos.

Al cabo de un par de horas oyó de nuevo el ascensor y los pasos de varias personas.

Entreabrió la puerta, mirando.

El pasillo estaba casi negro. No se habían encendido las luces, y la oscuridad era ya muy intensa.

Pero vio, perfectamente a los cuatro hombres que transportaban aquella camilla.

Debía ser muy pesada, porque normalmente una camilla se transporta entre dos, y ahora hacía falta el doble.

Un bulto enorme descansaba sobre ella. Era la forma de un hombre tapado totalmente por una sábana.

Carson sintió frío en la columna vertebral.

Le parecía imposible, pero... se trataba de una sórdida realidad.

Por sus dimensiones extraordinarias, el muerto tenía que ser el loco de inmensa fortaleza a quien vio poco antes paseando por el

patio.

¡Pero sólo habían transcurrido unas pocas horas desde entonces!

¡Y se le veía perfectamente sano!

¿Qué le había ocurrido? ¿Quizá un ataque al corazón?

Carson no se fiaba, pero de todos modos ya no pudo ver nada más. La puerta se cerró detrás de aquellos cuatro hombres.

Momentos después salían de nuevo, pero ahora cargando a duras penas el pesado ataúd, en el que debía yacer ya el corpachón del loco, vestido con sus ropas de calle.

Carson volvió a cerrar su habitación.

Y decidió aguardar.

Esperar a que aún anoheciera un poco más para llevar a cabo una excursión macabra.

CAPÍTULO VIII

Había cesado de llover.

La noche era ahora muy serena, y por los grandes ventanales enrejados penetraba la luz de la luna.

Carson avanzó como un fantasma.

Los pasillos estaban mal iluminados. Generalmente solo había una lámpara en los rincones, disipando apenas las sombras. Las puertas estaban cerradas, y parecía como si por cada una de ellas se entrara a un panteón.

Carson tenía nuevos motivos para sentirse extraño.

Por ejemplo, en aquel pasillo estaba él solo. No había ningún enfermo. Y durante horas y horas no se había escuchado allí el menor sonido.

Se dirigió a la habitación de la que antes vio que sacaban al muerto.

Estaba vacía, naturalmente.

Era una habitación como la suya, y en el armario pudo ver unas cuantas prendas muy anchas, que sin duda pertenecían al gigante muerto, y que ya no volvería a necesitar más.

Terminó de registrarlo todo, pero ya no había allí ningún objeto más, excepto los reglamentarios en la clínica.

Luego volvió a salir.

Caminaba como un espectro, sin ruido, dando la sensación de que se deslizaba por el suelo.

Sin duda no habían enterrado aún al gigante.

Tienen que transcurrir veinticuatro horas, según la ley, para que se autorice una inhumación.

Eso quería decir que aún estaba en el edificio, en el que tenía que haber algún depósito de cadáveres.

El joven estaba decidido a encontrarlo.

Llegó al ascensor, pero no lo utilizó.

Haría mucho menos ruido si bajaba por la escalera.

Poco a poco fue descendiendo, sin encontrar a nadie. Llegó así al primer piso, siempre envuelto por las sombras.

Todas las puertas estaban cerradas.

No se oía ni un susurro.

Carson sólo captaba el levísimo susurro producido por su lenta, tranquila respiración.

Al fin vio aquella puerta.

Estaba a un lado de la planta baja.

Y la inscripción que había sobre ella indicaba claramente lo que podía encontrarse un poco más allá.

Aquel letrero decía:

MORTUARY

Carson empujó la puerta.

Esta produjo un chirrido suave, largo, parecido al que podría lanzar una garganta humana.

Aquello era la Morgue, el depósito de cadáveres de la clínica mental.

No había en él ninguna luz.

Sólo penetraba por la planta baja la claridad de la luna.

El periodista miró las cuatro mesas de mármol que había allí. Sólo una estaba ocupada por el ataúd descubierto. Y en él yacía el loco a quien vio horas antes en el patio.

Si vivo causaba impresión, una vez muerto aquella sensación se hacía estremecedora.

Parecía aún más grande.

Y a pesar de sus ojos cerrados, daba la sensación de que lo vigilaba, de que lo veía todo.

El joven lo miró de cerca.

Imposible saber de qué había muerto aquel coloso. Claro que lógicamente tenía que ser lo que había pensado ya antes: un fallo del corazón.

Carson volvió la espalda.

Quería registrar aquello mejor.

Tal vez encontraría la clave de lo que buscaba, y que podía estar en el detalle más insignificante.

Descorrió unas cortinas.

Allí había unos cuantos féretros, puestos en pie, y que posiblemente aguardaban a que se produjeran otras defunciones en la clínica.

Por lo visto la gente moría allí con cierta regularidad.

Carson había oído decir que la salud mental influye enormemente en la física, y que las energías vitales se hundían muchas veces cuando la mente está enferma, sin que sea posible hacer que el paciente se recupere por los medios normales.

Lo examinó todo. Incluso las cortinillas.

Estaba tan absorto que no se daba cuenta de que algo acababa de variar en la situación.

Se había producido un leve chasquido a su espalda.

Y luego un crujido.

El crujido de una madera que cede.

Carson no lo vio.

Pero el ataúd estaba a punto de romperse.

El corpachón enorme se apoyaba en él.

¡El muerto se levantaba!

¡Había abierto los ojos!

¡LE MIRABA CON UNA FIJEZA DIABÓLICA!

Era como una grúa humana que de pronto se había puesto en movimiento.

Tendía las garras hacia él.

Carson lo notó en el último momento.

¡CUANDO YA AQUELLAS GARRAS ESTABAN CERRADAS EN TORNO A SU CUELLO!

Giró con toda la velocidad que pudo.

Pero el corpachón enorme de su enemigo se apoyaba en él, aplastándole contra la pared. Carson se dio cuenta de que había una diferencia de casi cuarenta kilos a favor de su enemigo. Le podía vencer por agilidad y en una lucha a distancia, pero nunca en un combate cuerpo a cuerpo, en el que resultaría materialmente aplastado.

Y eso era lo que quería aquel oso.

Aplastarle contra la pared mientras le estrangulaba.

Carson intentó zafarse de aquella presa mortífera.

No pudo.

Los dedos del gigante se cerraban en torno a su garganta con tal

fuerza que ya le era imposible respirar.

Intentó con sus manos apartar las de su enemigo, pero comprendió enseguida que eso sería imposible.

Cada segundo que pasaba iba contra él. Dentro de, muy pocos instantes, no podría resistirlo.

Se doblarían sus rodillas, y entonces... ¡estaría perdido!

Aplicó entonces el único golpe que podía dar. Dio un terrible taconazo al tobillo izquierdo de su enemigo.

Éste no soltó la presa, pero acusó el impacto con un gruñido y una leve distensión de sus dedos.

Carson repitió el golpe.

Ahora el gigante no pudo resistir el dolor. Se estremeció.

Carson movió las dos manos y con el canto de éstas golpeó salvajemente tres veces los flancos de su enemigo.

A éste se le cortó el aliento.

Sus dedos se aflojaron, mientras por un momento se le nublaba la vista.

Carson aprovechó aquella oportunidad. Quizá no tendría otra.

Se escabulló de entre las manos de su enemigo y saltó de costado, colocándose a una cierta distancia de él.

Ahora las cosas habían cambiado.

Pero a Carson le dolía terriblemente el cuello, de tal modo que apenas podía mover la cabeza.

Decidió olvidarlo.

O atacaba ahora o volvería a ser para el gigante una víctima fácil.

Su enemigo avanzó.

Lanzaba gruñidos como una bestia salvaje.

Carson lo recibió con un puntapié al bajo vientre. No le gustaba el sistema, pero no tenía otro remedio que emplearlo. Todo aquello había sido una trampa para convertirle en un cadáver, y él no estaba dispuesto a seguir el juego.

Su adversario se estremeció.

Todo su cuerpo se inclinó hacia adelante, bamboleándose.

Carson movió otra vez la pierna derecha.

Y ahora aplicó el punterazo a la mandíbula de su enemigo, que se le ofrecía allí quieta, como una tentaron irresistible.

Otra vez el gigante se estremeció.

Sus facciones se volvieron rojas y luego lívidas. Carson movió ambos puños.

Comprendía que éste era su momento.

Ahora tenía a su enemigo boquiabierto, anhelante, sin respiración.

Los golpes fueron estremecedores, y alcanzaron al gigante en los ojos. Casi inmediatamente éstos se cerraron. Una especie de ataque de rabia acometió al coloso.

También él se dio cuenta de que estaba perdido, y decidió pasar al asalto.

Pero ahora Carson guardaba la distancia.

Entró materialmente bajo los brazos de su enemigo y le colocó un gancho al mentón. El otro vaciló. Sus ojos volvían a estar nublados.

Era como un boxeador que «flota» en el *ring*. Ahora Carson aplicó sus conocimientos de karate. Aquel tipo estaba realmente loco o tal vez drogado. Si quería seguir vivo, no tenía más remedio que acabar con él.

Disparó las manos, asestando los golpes con el canto de éstas.

Y alcanzó de lleno los pómulos del coloso. Éste se tambaleó, al tiempo que vacilaban sus rodillas.

Un nuevo golpe de Carson acabó con él.

Éste fue dirigido a la parte posterior de su cuello, rompiéndole la tráquea.

Aquella mole humana se derrumbó estruendosamente, golpeándose además la cabeza contra una de las mesas de mármol.

Carson tuvo que apoyarse en una de las paredes, sintiendo que las fuerzas le fallaban.

No podía más.

Durante largos minutos contempló a su enemigo caído, sin atreverse a tocarlo. Al fin lo giró con el pie, convenciéndose de que estaba muerto.

Era la primera vez que mataba a un hombre a golpes.

Hizo una mueca y salió del depósito de cadáveres.

Tenía algo muy urgente que arreglar.

Algo que en aquellos momentos era para él lo más importante del mundo.

Nadie le cortó el paso hasta su llegada al despacho de Lorena Patrick. Encontró a un par de forzudos enfermeros por el camino, pero no hicieron el menor ademán. O no estaban enterados de lo sucedido poco antes o se limitaban a obedecer la orden dada por la doctora Patrick, en el sentido de que él tuviera acceso a todas las secciones de la clínica.

Sin duda la hermosa y diabólica mujer aún estaría en su despacho.

Debía esperar las noticias del gigante, en el sentido de que Carson estaba ya muerto.

Y no se equivocó.

Había luz en el despacho. Y vio a la doctora Patrick nada más empujar la puerta.

Ella estaba sentada en una de las butacas.

Con las piernas muy bien cruzadas.

Y el panorama que ofrecía al «desinteresado» espectador era como para caerse de espaldas.

Carson apretó los labios, mientras cerraba la puerta a su espalda.

Ella alzó levemente las cejas, sorprendida, pero no modificó ni un puntito la posición de sus hermosas piernas.

—¿Usted aquí? —musitó—. ¿No sabe llamar?

—¿Para qué? Creo que me aguardaba. O tal vez esperaba a otro hombre.

—No le entiendo.

—Yo, sí. Y lo primero que debo decirte es que debes estar muy desengañada, doctora Patrick.

—¡Sigo sin entenderte!

Y la hermosa mujer se puso en pie.

Avanzó agresivamente hacia Carson.

Éste movió el puño derecho, sin pensarlo.

El terrible golpe dio de lleno en la cara de Lorena. Ésta cayó hacia atrás, llevándose las manos a la boca. La mesa, contra la que chocó, impidió que se viniera al suelo por completo. Su falda quedó por las alturas, tan arriba que Carson pensó que se mareaba.

De los labios de la mujer resbalaron dos gotitas de sangre.

Carson cerró un momento los ojos.

—Lo siento —susurró—. Es la primera vez en mi vida que pego a una mujer. Nunca pensé que llegaría a hacerlo.

Ella recobró la vertical poco a poco.

Y arregló un poco su falda, lo cual no dejaba de ser una lástima, vistas las circunstancias.

—¿Por qué... todo esto? —balbució.

—¿Necesitarás que te lo explique?

—Al menos, no se perderá nada con ello.

Carson apretó los puños.

—Será mejor que se lo explique directamente a la policía —dijo—. Ellos me entenderán mejor.

Y fue a discar el número de la brigada, en el aparato que la mujer tenía sobre su mesa.

Pero ella le detuvo con un gesto.

—Nadie te va a impedir que hagas eso —musitó—. Pero ahora explícame lo que ha ocurrido.

Carson colgó con un gesto de rabia.

Sus dientes rechinaron antes de decir:

—Es una tontería que me preguntes, porque lo sabes todo demasiado bien. Sabes que llamasteis mi atención para que yo fuese al depósito de cadáveres. Y que allí un loco gigantesco tenía que matarme, simulando un desgraciado accidente, cosa por otra parte muy natural, porque a un loco nadie le pide responsabilidades.

Apuntó con el dedo a la mujer, obligándola a retroceder y a dejarse caer en una de las butacas.

—Además, todo quedaba clarísimo —continuó con desprecio—. Yo mismo me había metido en la trampa. Sólito, por mi propio pie. Y había firmado un documento en el que decía que estaba aquí voluntariamente para realizar un reportaje, por lo que a nadie acusarían en el caso de ocurrirme un accidente. ¡Perfecto! Así se me eliminaba tranquilamente. Así os deshacíais de mí como hicisteis con Jim y su hermana.

Lorena parpadeó.

O no entendía aquello, o lo disimulaba muy bien.

—Me estás haciendo acusaciones terribles —silabeó—. ¿Por qué crees que yo podría tener interés en matarte?

—Porque me estoy entrometiendo demasiado en un asunto que debe permanecer secreto.

—¿Qué asunto?

Carson apretó un momento los labios.

La verdad era que no lo sabía. ¿Qué asunto? Ésa era una pregunta que le dejaba desarmado. Sólo sabía lo que había visto por sí mismo y lo que le había dicho Jim poco antes de morir.

¡Y era tan poca cosa! Por lo menos para la policía.

Ella suspiró.

—Creo que tú y yo debemos hablar con calma —dijo—. En primer lugar, no sé quién es la hermana de Jim.

—La mujer que estaba en la habitación contigua a la mía, en San Francisco, cuando se arrojó sobre Eddy Street, haciéndose pedazos. La mujer por cuya muerte me tuvieron dos semanas detenido. Juré entonces llegar hasta el fin y ahora voy a hacerlo, Lorena Patrick.

—Insisto en que debemos hablar con más calma.

—Bien. Ahora mismo.

—No. Ahora tú estás nervioso... y yo también.

—Intentas ganar tiempo, ¿verdad?

—Trato de reflexionar.

Carson la miró fijamente, mientras un pensamiento atravesaba su cerebro como un chispazo.

¿Y si la chica no fuera enteramente culpable? ¿Y si estuviese metida en una organización de la que quisiera salirse?

Tal vez necesitaba reflexionar para eso.

Y si abandonaba el grupo de asesinos —en el caso de que existiera— se convertiría en una aliada de Carson.

Por eso el periodista susurró:

—Muy bien. Fija tú misma la entrevista.

Ella consultó su reloj.

—Es medianoche —dijo.

—Lo sé perfectamente.

—¿Me puedes conceder veinticuatro horas?

—¿Tanto tiempo?

—Ya te he dicho que necesito reflexionar.

Carson hizo un gesto de conformidad. De acuerdo, por él no habría inconveniente.

—Dime el sitio y la hora exacta —murmuró.

—¿Conoces el hotel Dodge, en Clarendon Street?

—Naturalmente que lo conozco. No hay ningún rincón en esta maldita ciudad que no me sepa de memoria.

—Pues nos encontraremos allí justo a medianoche de mañana.

Iré a verte a tu habitación. Inscríbete bajo el nombre que quieras, pero dímelo ahora.

—¿Te parece bien el nombre de Doyle?

—Perfecto. Lo recordaré.

—Ahora hará falta que en el hotel Dodge no me conozcan —dijo él—. Espero que no.

Y se dirigió hacia la puerta.

No veía motivo para prolongar más aquella conversación.

Mientras estuviera allí, corría un peligro inútil.

Claro que Lorena podía pretender tan sólo ganar tiempo, para así prepararle una nueva trampa, pero su corazón le decía que no. Y Carson era uno de esos tipos que se fían de sus corazonadas.

Cuando iba a girar el pomo, ella dijo:

—Carson...

—¿Algo más?

—Sí, y muy importante. ¿Qué ha sucedido con aquel gigante?

Él sonrió con amargura.

—Vaya... Por un momento había llegado a creer que no sabías nada de eso, muñeca.

—Lo sabía.

—Está bien. En ese caso, te diré que el gigante ha muerto. Tuvo algo de mala suerte. Recibió unos cuantos golpes de esos que no van bien para la salud.

—¿Lo has matado... tú?

—Desgraciadamente.

—¿Con sólo tus puños?

—Pues... sí.

Lorena no dijo una palabra más.

Pero contempló aquellos puños con una mezcla de temor y admiración que palpitaba en sus ojos.

Carson abrió la puerta.

—Si faltas a la cita lo lamentarás, muñeca —se limitó a decir—. Lo juro por éstas.

Y cruzó dos dedos, moviendo la derecha, como si diera un manotazo al aire.

Luego salió de allí.

Estaba preparado para cualquier agresión, porque sabía que la muerte le podía aguardar en todos los rincones de aquella clínica.

Pero no ocurrió nada.

Cuando se encontró en la calle, dirigió una mirada circular en torno suyo.

Y fue directamente al hotel Dodge, en Clarendon Street. Quería estar allí con tiempo, para observarlo todo. Prefería estar preparado, por si le tendían una nueva trampa.

CAPÍTULO IX

El hotel era modesto, casi sórdido. Consistía en un edificio alargado y estrecho, de nueve pisos, junto a un par de bares con puertas herméticas donde se leían las palabras «Go, Go Girls» y «Cocktails».

Dos bares donde uno podía encontrar cualquier clase de chicas, vamos. Y por eso el hotel, acogedor y amable, estaba precisamente allí.

El conserje de noche, un negro aburrido, tendió la llave a Carson, que acababa de inscribirse bajo el nombre de Doyle.

—Tome, sexto piso.

El joven se estremeció, y no supo por qué.

—¿No hay nada más bajo?

—¿Qué quiere decir?

—Me gustaría estar en el primer piso, por ejemplo.

—Hasta el quinto todo está completo. Lo siento.

—Está bien, entonces de acuerdo.

—¿Viene solo?

—Sí.

—Entonces supongo que no tardará alguna chica en preguntar por usted.

—Sí, desde luego, vendrá una chica preguntando por mí. Usted límitese a indicarle mi habitación. Pero no sé si vendrá hoy o mañana. Habré de tener paciencia.

El negro le miró como si Carson fuese un astronauta del proyecto «Apolo» que se hubiera descolgado por allí.

—Oiga, amigo. Aquí los hombres esperan a las chicas a veces un par de horas, pero nunca había visto a nadie que las aguardara un par de días.

Carson se encogió de hombros.

—Son costumbres modernas —dijo—. La vida se pone cada vez

peor.

Y subió a su habitación.

Ésta era oscura y sórdida, pero era de suponer que los que entraban allí no se fijaban precisamente en los muebles. El joven vio el puntito luminoso que le indicaba el lugar donde estaba el conmutador de la luz. Muchos hoteles norteamericanos tienen ese pequeño detalle, si el conmutador no está junto a la puerta. Carson encendió la luz y oteó el panorama.

Había también allí un viejo televisor y lo hizo funcionar. Luego se tendió en la cama. Estaba dispuesto a aguantar allí todo el tiempo que fuera necesario.

Fumó cigarrillo tras cigarrillo.

Nunca había fumado tanto.

De vez en cuando miraba el teléfono pensando que Lorena se pondría en contacto con él antes de venir.

Pero el aparato no sonó una sola vez.

El silencio fue el único compañero de Carson durante aquellas interminables horas.

Al día siguiente sólo salió unos contados minutos para comer, y al volver a la habitación se mantuvo a la espera como antes. Su ansiedad iba creciendo con el transcurrir de las horas.

¿Le explicaría Lorena el misterio que se ocultaba detrás de todo aquello? ¿Se pondría a su favor y abandonaría la senda del crimen por la que parecía haber empezado a caminar ya?

Todos estos pensamientos torturaban el cerebro de Carson.

Al fin, hacia las once de la noche, sonó el teléfono.

Carson lo descolgó precipitadamente.

Pensaba escuchar la voz de Lorena.

Pero en lugar de eso llegó hasta él una voz perfectamente desconocida que dijo:

—¿Se llama usted Carson?

—Sí —dijo el periodista.

—Me han dado su número de teléfono. Y me han dicho que le encontraría ahí.

—¿Llama usted de parte de la doctora Patrick?

La voz tuvo una inflexión sorprendida al responder:

—¿Qué dice usted? Ninguna mujer me ha dado su dirección si no un hombre. Soy el reverendo Taylor, de la Iglesia baptista. Mi

misión es evitar que los hombres como usted lleguen a suicidarse.

Carson sintió que el auricular quemaba en su oído.

—¿Suicidarme? ¿Quién había hablado de eso?

La voz, que era amable y persuasiva, continuó:

—No intente disimular, amigo. Sé que tal vez le estoy molestando, pero mi deber es hablarle, y lo haré. Me han dicho que tiene usted graves problemas de conciencia y que piensa en el suicidio. Si quiere, iré a verle personalmente, pero ahora sólo le digo: No lo haga. Suicidarse es una cobardía ante Dios y ante los hombres. Sea usted responsable de sus actos, hermano. Y piense solamente que si los suicidas pudieran arrepentirse en el último momento, todos se volverían atrás cuando les llega la muerte.

A Carson le temblaba la mano derecha.

Apenas podía sostener el auricular.

Todo aquello parecía ir a volverle loco.

La voz siguió diciendo:

—Amigo... ¿no me cuenta su problema, amigo?

El joven colgó.

Su mano seguía temblando.

Dejó caer la cabeza en la almohada y miró el sórdido techo de la habitación. Pero no podía resistir la luz y se levantó a apagarla.

Aquello pareció hacerle un bien.

La oscuridad calmaba sus nervios.

¿De dónde podía haber venido aquella maldita idea? ¿Quién podía haber pensado que él podía suicidarse?

Era absurdo, y sin embargo...

Sin embargo acudía a su mente el caso de Jim y el de su hermana. Tampoco ellos habían pensado tal vez en suicidarse, y en cambio estaban muertos. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué clase de demonio se había metido en su mente?

Pero al fin, como para animarse a sí mismo, lanzó una breve carcajada.

No, él no se suicidaría.

Además, Lorena estaba a punto de llegar. Eran ya las doce de la noche.

Esperó a oscuras casi una hora más.

Pero el sueño le iba venciendo.

Toda la noche anterior la había pasado casi en blanco, dominado

por sus pensamientos.

Ahora la fatiga era más fuerte que él.

Un sueño pesado le dominaba, le invadía.

Sintió que no podía abrir los ojos.

Y así quedó profundamente dormido, con ese sueño de los hombres que están destrozados por el cansancio.

Pero no todo estaba dormido en él.

Una parte de sus sentidos se mantenía alerta, captando los menores rumores.

Y entonces le pareció oír algo dentro de la habitación.

Era apenas como un susurro.

Como un rumor leve.

Como dicen que es el soplo de la muerte.

Carson intentó despertarse.

Pero el sueño le vencía, le dominaba.

¡Sus párpados le pesaban como si fueran de plomo!

El susurro se repitió.

El joven sentía que su cuerpo sudoroso se pegaba a las ropas de la cama.

No quería reconocerlo, pero tenía miedo.

Era un terror instintivo, insuperable, que le cortaba la respiración.

Recordaba aquella especie de muerto que en su casa le atacó con un hacha.

Recordaba sus manos vendadas de blanco y sus facciones carcomidas por la muerte.

Era un recuerdo espantoso, una visión que le erizaba los cabellos de la nuca.

¿Estaría ahora allí aquel monstruo?

¿Iría a atacarle de nuevo en la oscuridad?

El joven alzó los párpados al fin.

La oscuridad le envolvía, pero se dio cuenta confusamente de los relieves de aquella habitación que ya le era tan conocida.

Todo parecía estar en orden.

El silencio le envolvía.

Carson vio el puntito luminoso que le indicaba dónde estaba el conmutador de la luz.

Pensó que debía encenderla.

Viéndolo todo con claridad se sentiría mucho más tranquilo.

Se levantó pesadamente, todavía dominado por el sueño, y se dirigió hacia aquel levísimo puntito luminoso.

Tendió la mano, vacilando.

El puntito estaba allí, llamándole.

Y de pronto desapareció.

Pero no fue sólo eso. Carson se dio cuenta de que todo vacilaba en torno suyo. Cayó hacia adelante mientras lanzaba un sordo grito.

Era absurdo, pero...

¡No había nada bajo sus pies!

¡Estaba cayendo!

Sus manos se abrieron y cerraron convulsamente, tratando con desesperación de sujetarse a algo, aunque fuera al aire.

Todo su cuerpo se contorsionó.

Los dedos de Carson rozaron algo. Era algo resbaladizo y duro, como una barandilla mojada. Se dio cuenta entonces de que estaba en el exterior, cayendo, y de que llovía. Sencillamente... ¡se estaba suicidando!

Otra persona no hubiera podido sujetar aquel pedazo de barandilla, pero los dedos de acero de Carson consiguieron lo que parecía un milagro. Su mano derecha se cerró sobre la superficie de metal. Sintió que todo su cuerpo temblaba.

Tuvo la sensación de que todos sus huesos iban a descoyuntarse.

Pero al menos se había salvado, de momento. Ya no caía. Se encontró colgado de la fachada del hotel, a la altura del sexto piso, mientras arreciaba la lluvia.

Bruscamente izó su cuerpo.

Pudo sujetarse de la barandilla con ambas manos.

Fue a subir.

Logró incorporarse un poco y miró hacia el interior de la habitación. Y entonces sus ojos se dilataron de horror.

El monstruo estaba allí.

Sólo veía sus ojos diabólicos, parte de su cara carcomida y especialmente sus manos tan blancas.

¡Aquellas manos vendadas como las de una momia!

Carson lanzó un grito de odio, mientras el desconocido avanzaba hacia él. Con los pies le golpeó rabiosamente los nudillos, intentando que se soltara de la barandilla y se fuera abajo. Pero

Carson resistió.

Las posibilidades de triunfo, sin embargo, estaban de parte de su monstruo enemigo.

Él no podría resistir indefinidamente los golpes, y sus manos empezaban ya a ceder.

Fue entonces cuando oyó aquellos gritos abajo.

Por lo visto alguien le había distinguido colgado de la fachada.

En este caso, la gente que entraba y salía de los bares contiguos le había servido de una inapreciable ayuda.

Miró hacia abajo.

Y pudo ver que entre casi una docena de hombres sostenían en la calle una enorme manta.

Carson sudaba copiosamente.

Pero no podía elegir. Si el monstruo sacaba por ejemplo un puñal, él no estaría en situación de defenderse.

Y aun exponiéndose a romperse la columna vertebral, dio el terrible salto al vacío.

Se oyó un grito de los que estaban abajo.

Éstos tuvieron que correr un poco la manta, porque Carson iba a caer a un sitio distinto al calculado.

El joven sintió un terrible choque.

Volvió a salir despedido por los aires.

Y le pareció que todo su cuerpo se rompía en pedazos.

Pero al volver a caer se dio cuenta de que había chocado con el centro de la manta y de que estaba bastante bien. Mejor de lo que creía. Le dolía todo el cuerpo pero no tenía ningún hueso roto.

Los que le habían salvado la vida formaron corro, en torno a él. Algunos hedían a alcohol, pero ya se les había pasado la borrachera.

—¿Qué cuerno le ha pasado, amigo?

—¿Quería suicidarse?

—¿Por qué no ha elegido un procedimiento más sencillo? ¡Si me cae encima me mata!

Todas aquellas palabras parecían hundirse en el cerebro de Carson.

Éste sólo pensaba una cosa:

¡El monstruo estaba aún allí, en el hotel!

Vio entonces la figura azul de un policía.

Señalando hacia la ventana gritó:

—¡Suba conmigo! ¡Han tratado de asesinarme!

El policía no se hizo repetir la petición.

Pasaron como rayos frente al conserje, que volvía a ser el negro de la otra noche.

Los dos entraron de golpe en la habitación donde había estado Carson. El policía ya llevaba el revólver en la derecha.

Pero allí no había nadie.

Encendieron la luz.

Todo estaba en orden, excepto la cama. Aquélla era la sencilla habitación de un hombre que ha tenido un mal sueño.

El policía masculló:

—¿Quién demonios ha dicho que estaba aquí?

—¡Un hombre ha tratado de lanzarme por la ventana!

—¿A usted? ¿Se da cuenta de que haría falta ser un campeón para moverlo, amigo? Usted no es un alfeñique. ¿Qué clase de campeón es el que le ha empujado hasta allí?

Y señaló la ventana.

Carson no daba crédito a sus ojos.

Se daba cuenta de que el policía le tomaba por lo que parecía ser. Un suicida que en el último segundo había podido volverse atrás.

—Le juro que... —balbució.

El otro le puso la mano encima.

—Venga a hacer la declaración, hermano. Si tiene un poco de suerte y el comisario no está de mal humor no le pasará nada.

Carson tuvo por un momento la tentación de sacudirle un guantazo a aquel tipo.

—Pero el policía estaba cumpliendo con su obligación, y él bastantes líos había tenido ya con la ley. De modo que se calló.

Poco después hacia su declaración ante un inspector somnoliento, que tenía sobre la mesa una revista titulada *Tip Top*, llena de chicas en combinaciones diversas. El inspector le acusó de intento de suicidio y le concedió la libertad con la obligación de que se presentara tres días después para comparecer ante el pequeño jurado.

De intento de asesinato, nada.

Oficialmente nadie había tratado de matar a Carson.

Cuando éste volvió a pasear, bajo la noche, por las calles de

Dallas, sentía que la cabeza le daba vueltas.

Llegaba a dudar hasta de sí mismo, y pensaba que tal vez había intentado de verdad suicidarse.

Pero en ese caso, ¿por qué?

¿Le habían hipnotizado tal vez?

No podía creerlo.

Por fin se encontró, sin darse cuenta, ante el instituto mental de la doctora Patrick.

Enfrente había un gran edificio de cinco pisos que servía de aparcamiento. No estaba lleno a aquella hora, por lo que el vigilante dormitaba, al fondo de la planta baja, pensando que aquella noche no tendría ningún trabajo.

Carson se situó en una zona oscura, mirando hacia el manicomio.

Entre sus pensamientos confusos había uno, sin embargo, de meridiana claridad:

Lorena no había acudido a la cita.

Era ella, tal vez, quien le había preparado una trampa cuyas características aún no era capaz de definir.

De pronto los músculos del joven se tensaron.

Estaba estudiando el modo de entrar en el edificio sin que le vieran, para cazar a la diabólica doctora Patrick, pero de pronto las circunstancias le favorecían: era Lorena la que estaba saliendo.

La hermosa mujer parecía muy excitada.

Subió a un «Pontiac» que aguardaba ante la puerta y dio marcha, saliendo con gran rapidez.

Carson no perdió ni un segundo.

Necesitaba atraparla, de modo que decidió seguirla. Y aunque no disponía de coche, no le iba a ser difícil apoderarse de uno en aquel aparcamiento.

El vigilante no le prestaba la menor atención.

Dormía como un becerro.

Carson oteó el panorama y eligió un pequeño «Corvette» de dos plazas, el coche deportivo más veloz que se fabrica en los Estados Unidos. Tenía las llaves de contacto puestas, de modo que no hubo de molestarse en hacer el «puente».

Salió como una exhalación.

El vigilante ni se despertó.

En la soledad de las calles de Dallas, el joven pudo ver aún las luces piloto del coche de Lorena.

Salió en su persecución, dando gas a fondo.

No se dio cuenta de que, a su vez, alguien le seguía a él. No se percató de que la muerte volvía a acechar a su espalda.

CAPÍTULO X

La carrera duró unos quince minutos.

La doctora Patrick había apretado también el pedal del gas, al darse cuenta de que la seguían, pero su «Pontiac» nada, podía contra el «Corvette». Ante el edificio del Parlamento de Tejas, situado en un parque, ya los dos coches estaban casi juntos. Luego ella hizo un brusco viraje y se perdió por una senda donde no había más que pequeños edificios en construcción. En torno suyo todo era silencio. Sólo se oía el rugido de los motores lanzados al máximo.

Por fin Carson adelantó al «Pontiac».

Hizo una violenta maniobra y le cortó el paso. Estuvieron a punto de estrellarse, pero Lorena pudo, frenar a tiempo.

Carson descendió.

Sus facciones no se habían alterado. Se acercó al coche de la mujer con la mayor tranquilidad, como si ésta fuera una desconocida.

—Creo que los dos hemos pisado el pedal demasiado a fondo, Lorena —dijo—. Podían habernos clavado una buena multa.

Ella no contestó.

Tenía los labios apretados en una mueca.

Carson subió tranquilamente al «Pontiac» y se sentó junto a la hermosa mujer.

—Vas a tener que conducir —dijo—, pero sin matarnos.

—¿Conducir? ¿Adónde?

—Al hotel donde teníamos que reunirnos hace unas horas.

Ella no hizo ningún comentario.

Sus labios temblaron un momento, pero al fin puso primera y arrancó suavemente para salir de allí.

No hablaron en todo el camino.

Carson sentía la presencia cálida, inquietante, de la mujer a su lado. La falda de Lorena había subido hasta unas alturas más que

sugestivas, mientras conducía. Pero ella no parecía preocuparse de eso.

Carson tenía apretados los labios.

¿Podía una mujer tan hermosa ser una sucia y repugnante asesina?

Porque ahora ya no le cabía duda de que le había citado en aquel hotel para tenderle una trampa.

Cuando se detuvieron ante la entrada, la calle volvía a estar solitaria y tranquila.

Los bares de las «Go, Go Girls» ya habían cerrado.

El negro dormitaba apoyado en el mostrador. Abrió unos ojos como platos al ver entrar allí a Carson y la chica.

—¿Qué pasa, amigo? —barbotó, mirando las piernas de Lorena—. ¿Quiere ahora suicidarse de otra manera?

Carson tendió las dos manos.

Y sujetó por la camisa al negro, levantándolo en el aire.

Pese a que el otro no era un alfeñique, comprendió que nada podría contra aquellos puños.

Y se arrugó, mientras balbucía:

—Bueno, yo sólo he querido decir... que la chica... está como para dejar muerto a cualquiera.

—Quizá eres tú el que va a quedar muerto, negrazo. Y te van a meter en un ataúd de color blanco, para que quedes bien. Vas a soltar lo que sabes o aquí no te salva ni tu ángel de la guarda. Te haré sólo dos preguntas, muchacho, pero si no las contestas lo lamentaré por tu dentadura.

El conserje farfulló:

—Di... diga.

—Alguien quería que yo estuviera más arriba del quinto piso, ¿no es así?

—Bueno, tal... tal vez.

—Y telefoneó aquí alquilando todas las habitaciones hasta esa altura. ¿Cómo te convenció? ¿Prometiéndote mil dólares de propina? ¿O pagando cada habitación al doble del precio estipulado?

El negro vaciló.

Pero se daba cuenta de que estaba metido en un buen lío, por lo que acabó susurrando:

—Me alquilaba todas las habitaciones hasta el quinto piso por dos noches... y me daba a mi quinientos pavos de propina. El hotel no siempre está lleno y de ese modo casi lo llenaba... Era un buen negocio... para el dueño... y... y para mí.

Carson lo soltó poco a poco.

—Ya están las dos preguntas. Has sido buen chico y te has ganado un ataúd de colores. Pero vas a decirme algo más: ¿quién fue el que te llamó?

—No... no lo sé. Sólo me dijo que al cabo de diez minutos recibiría el dinero.

—¿Y quién te lo entregó?

—Vino un muchacho de una agencia con un sobre cerrado. Tardó diez minutos exactos en estar aquí.

—¿Qué había dentro del sobre? ¿Un cheque?

—No. Dinero en efectivo. Papeletos de a cien dólares de esos que crujen haciendo «trac, trac».

—Era de suponer. Ningún asesino se compromete con un cheque al que se puede seguir la pista.

El negro farfulló:

—Yo no hice nada ilegal... No sabía lo que pretendían al alquilar tantas habitaciones... Hay gente que monta... monta juergas sensacionales. Pensé que era eso.

Carson bisbiseó:

—No... no pienso llamar a la policía. Pero vas a darme la misma habitación que tuve antes... ¿Has tocado alguna cosa?

—Nada absolutamente... Lo he dejado todo igual... por si la policía quería volver.

—Entonces vamos allá.

El negro le tendió una llave.

Carson descolgó el auricular del teléfono y lo estrelló con todas sus fuerzas contra la barra, haciéndolo añicos, para que mientras estaban arriba el conserje no pudiera avisar a nadie.

Al subir con Lorena vio que, en efecto, la habitación estaba igual.

La luz del pasillo le mostró la cama deshecha, la ventana abierta.

Pero había algo distinto.

Algo que al principio no le llamó la atención, y que luego

penetró en su cerebro como un alfilerazo.

¿En qué consistía?

No lo supo hasta unos segundos más tarde, hasta que su cerebro fue capaz de analizar la situación.

¡No se distinguía la lucecita indicando dónde estaba el interruptor!

¡La lucecita hacia la que él se había dirigido cuando cayó por la ventana, ya no estaba allí!

Carson buscó a tientas.

Y al fin la encontró.

Pero fue para darse cuenta que la lucecita, anexa a la palanquilla del interruptor, estaba cubierta por una pequeña cinta adhesiva de color negro.

Ninguna luz se filtraba por allí.

De hecho era como si la pequeña señal luminosa no existiera.

Carson arrancó la cinta adhesiva y dio la luz. La claridad le mostró que la habitación estaba tal como él la había dejado. Pero con aquella diferencia fundamental que acababa de descubrir, y que en cierto modo lo aclaraba todo.

Y aclaraba también el suicidio de Jim y de su hermana.

Carson se volvió hacia Lorena.

Ésta estaba mortalmente pálida.

—¿Lo sabías tú? —musitó.

—¿Saber qué?

—La técnica para matar a una persona sin rozarla siquiera, y logrando además que parezca un suicidio.

Lorena apretó los labios desesperadamente.

Pero no contestó.

Carson produjo un chasquido con dos dedos, mientras mascullaba:

—La cosa, en el fondo, es sencilla. Todo consiste en tener a la víctima colocada en una habitación que esté bien alta y cuya ventana posea una barandilla muy baja. La habitación, además, ha de tener esas mínimas lucecitas que, por medio de un puntito luminoso, indican al cliente dónde está el interruptor eléctrico. Ésa es la pieza fundamental, la que envía a un hombre o una mujer al infierno.

Apretó los puños y continuó:

—Cuando la víctima está profundamente dormida, el asesino entra en la habitación. Podría entonces cometer fácilmente su crimen, pero en ese caso se vería más tarde que aquello ha sido un asesinato, cosa que no le conviene. Por ello ni siquiera se acerca al futuro fiambre. En silencio tapa con cinta adhesiva negra la verdadera lucecita, y abre la ventana. Frente a ella, tapándola para que no entre la luz del exterior, en el caso de que haya luna, sitúa un gran papel negro en el que hay también un puntito luminoso, alimentado por una pequeña pila. Entonces produce un pequeño susurro, de modo que la víctima se despierte.

Lorena, con las facciones terriblemente pálidas, seguía atentamente aquella explicación.

Pareció costarle un enorme trabajo decir aquella sola palabra:

—Sigue.

—El resto —continuó Carson— es relativamente sencillo, aunque requiere una gran serenidad por parte del asesino. En realidad el elemento decisivo que juega a su favor es que la víctima está casi dormida. Es la persona elegida la que avanza hacia su propia muerte, dirigiéndose a tientas hacia el puntito luminoso, que en realidad ya cuelga en el vacío. Cuando lo roza, sus rodillas ya están en el alféizar de la ventana y le resulta casi imposible sostenerse. La hermana de Jim cayó abrazada al papel negro, cuyo significado no supe entonces descifrar, pero Jim y yo no logramos ni siquiera eso. La pila y la falsa lucecita se desprenden en la caída, imagino, yendo a parar lejos de la víctima, de modo que la policía no descubre el truco. O bien quedan en manos del asesino, que se retira inmediatamente. Imagino también que, en el caso de que la víctima no caiga del todo, la «ayudará» con un empujoncito que el otro ni siquiera nota. A mi incluso me habían llamado por teléfono antes, para sugestionarme. Es un elegante modo de matar, el más ingenioso y fácil con que me he encontrado hasta ahora. ¿Pero quién lo ha inventado? ¿Quién es el que practica ese deporte, muñeca?

La cabeza de Lorena Patrick tembló un momento.

Parecía otra. Tenía las facciones desencajadas, y sus labios temblaban.

—Iba a decírtelo al darte cita aquí —susurró.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Tus juramentos valen muy poca cosa, muñeca.

—Ya lo sé... Pero no fui yo quien ideó esta trampa. Ni las otras... Fue alguien que puede oír todo lo que se habla en mi despacho.

Ella vaciló.

Dio un paso atrás, como si fuera a caerse.

—Por Dios, no me lo hagas decir ahora.

Carson le apretó salvajemente la muñeca.

—¡Habla!

—¡No puedo decírtelo ahora! ¡Y suéltame! ¡Me haces daño!

Carson la soltó.

No supo por qué, pero el quejido de Lorena le había producido como una sacudida interior.

Ella se frotó la muñeca, que los dedos de acero de Carson parecían haber descoyuntado.

—Quizá pueda ayudarte —murmuró Carson—. Puede que no te guste hablar aquí, o que te sientas en peligro.

—En efecto... así es.

—Vámonos. Yo elegiré un sitio tranquilo donde podamos hablar.

—Un lugar dónde... no nos vigilen.

—¿Crees que aquí nos están vigilando?

—Es posible. Este hotel resulta ahora un sitio demasiado peligroso.

—De acuerdo. Entonces larguémonos.

Los dos salieron. El negro de abajo ya no dormía. Por el contrario, el tío estaba amarrado a una botella de *whisky* «raves», el más viejo de Norteamérica.

Lorena y Carson subieron al «Pontiac», ahora conduciendo él. La noche era tan negra como el interior de una tumba. Las calles de Dallas parecían raros túneles que condujeran al infinito.

Carson vigilaba, por si alguien les estaba siguiendo.

Pero no notó nada.

Ningún coche rodaba tras ellos.

Lo que menos podía imaginar era que esta vez les estaban siguiendo también, pero por encima de sus cabezas.

Un helicóptero runruneaba suavemente, a poca altura, sin las luces de situación encendidas, vigilando al «Pontiac».

Carson volvió a la calle de pequeños chalets en construcción, cerca del Parlamento, donde había alcanzado a Lorena.

Aquél era un buen sitio para hablar con calma.

El «Corvette» abandonado aún estaba allí.

Descendieron y se introdujeron en uno de los edificios, que estaba prácticamente terminado y al que sólo le faltaban las puertas.

Lorena Patrick seguía estando muy pálida.

Se daba cuenta de que aquel momento era muy importante para ella y de que su destino podía cambiar allí.

—Vamos —dijo Carson con voz conciliadora—, trataré de ayudarte. Dime solamente quién es aquella especie de monstruo que lleva las manos vendadas de blanco.

—Tú... no lo entenderías.

—Lo que no comprendo es de dónde le viene aquel aspecto monstruoso. ¿Quién es? ¿Un resucitado?

—Pues... pues sí.

La sencilla frase hizo estremecer a Carson.

Él nunca había creído en lo sobrenatural. Pero he aquí como si de pronto el planeta entero empezase a dar vueltas en torno suyo. Como si la sencilla afirmación de la muchacha le descubriera un mundo tenebroso que estaba más allá de sus ojos.

—Dime quién es —murmuró.

Ella apretó los puños como un hombre, tomando una repentina decisión.

—Pues es... es... —empezó a decir.

Y de pronto vaciló.

Un ruido sordo flotaba sobre sus cabezas.

Estaba cada vez más cerca.

Carson no lo identificó hasta el último momento.

Dio entonces un salto hacia la puerta, mientras lanzaba una imprecación.

¡Era un helicóptero!

¡Ahora se daba cuenta de que les habían seguido hasta allí desde el aire!

Cuando lo vio, el aparato ya estaba detenido a unas diez yardas. En aquel barrio solitario, nadie cabía notado su presencia.

Del helicóptero saltaron a tierra tres hombres.

El cuarto, el que llevaba los mandos, hizo que la máquina se elevara de nuevo.

Estaba claro que aquellos tres buitres iban a liquidarlos allí mismo o a llevárselos en el «Pontiac».

Carson repitió su imprecación.

¡Él no llevaba armas!

Vio que el primero de sus enemigos empuñaba una «Luger» en la mano derecha. Y para él fue el primer guantazo.

Una mandíbula pareció estallar en el aire.

El pistolero lanzó un rugido, mientras caía fulminado hacia atrás.

Carson preparó de nuevo el puño derecho, dispuesto a repetir el cañonazo.

Un segundo individuo vino hacia él. También éste empuñaba una «Luger», pero no disparó.

Era evidente que no pensaban matarlos allí mismo, sino llevárselos en el «Pontiac».

Carson propinó ahora una auténtica serie a la cara de su enemigo. Fue una andanada como para desmontar a cualquiera, pero aquel buitre demostró que era un buen encajador.

Ni siquiera pestañeó, a pesar de que le quedó partida una ceja y su boca se llenó de sangre.

Lo único que le preocupó fue mover a tiempo su mano derecha, llevando por delante el cañón de la «Luger».

Carson ahogó un grito de dolor.

El cañón se le había clavado en un pómulo, produciéndole un dolor tan insufrible, que hubo de tambalearse.

Aquello era lo que esperaba al tercer enemigo, que se había situado a su espalda. Descargó dos veces la culata sobre la cabeza del periodista.

Éste giró sobre sí mismo.

Sentía una terrible náusea, mientras la tierra avanzaba vertiginosamente hacia él.

Ni siquiera se dio cuenta de que caía...

CAPÍTULO XI

El viento gemía entre los cipreses del cementerio. La luna estaba cubierta por espesos nubarrones.

A lo lejos, pero no tanto que no se distinguieran con claridad, se veían las luces de los coches que tomaban una curva y rasgaban la noche con la luz de sus faros.

Aquella luz lunar tétrica arrancaba reflejos a las lápidas.

Unas lápidas solemnes, siniestras, sobre las que había extrañas inscripciones de muerte.

Y fue como si la propia muerte lanzara aquel aullido.

Un aullido que rasgaba las sombras...

—¡No! ¡Noooo! ¡Eso no! ¡Nooooo...!

Luego se oyó un susurro sobre la gravilla.

Alguien era arrastrado por la senda del cementerio.

¡Alguien que no quería morir...!

—¡No! ¡Eso no! ¡Noooo! ¡Tengo dinero! ¡Pagaré lo que sea!
¡Pero no me matéis! ¡No me matéis! ¡No me matéis así...!

El hombre que chillaba de ese modo, era un hombre joven.

Estaba lleno de energía, de vida. Hubiera podido defenderse tal vez de la acometida de los hombres.

Pero no podía luchar contra cuatro.

Porque eran cuatro los que le arrastraban por el sendero del cementerio, camino de la fosa.

Ésta ya había sido abierta.

Los ojos aterrados del joven la estaban mirando.

Con los ojos desencajados, con toda la fuerza de sus pulmones trató de llamar la atención de los automovilistas que pasaban por la curva.

Quizá le oyeran... ¡Tenían que oírle a pesar del susurro del viento! ¡Tenían que oírle...!

Aulló:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Van a enterrarme vivo!

¡Socorrooooo...!

Pero nadie le escuchó.

Los automóviles seguían tomando con indiferencia la curva, siempre a la misma velocidad.

Y el viento continuaba agitando los cipreses con la misma fuerza.

Como si aquello fuera una pesadilla o una serie de juguetes mecánicos.

El joven fue llevado hasta el borde de la fosa.

Tenía la garganta rota, destrozada.

Ya no podía más.

Los cuatro hombres le dieron un empujón, arrojándole al fondo.

Ni siquiera se habían molestado en atarle.

El joven dio un brinco, tratando de trepar por los bordes de la sepultura.

Uno de los hombres pisó sus manos, riendo diabólicamente, mientras otro le propinaba un terrible puntapié al mentón.

El joven cayó otra vez al fondo.

Y de nuevo trató de levantarse, mientras chillaba de terror.

Pero de pronto algo le detuvo.

Algo que desencajó sus ojos de sorpresa y al propio tiempo de miedo.

Una especie de fantasma, un espectro del otro mudo acababa de aparecer al borde de la fosa.

Vestía de negro. Su cara parecía carcomida y sus manos estaban vendadas de blanco.

El joven no pudo ni gritar.

Al cabo de unos instantes, con una angustia infinita, sólo pudo rugir:

—¡Nooooo...!

Ahora se había dado cuenta de que estaba definitivamente perdido, de que no existiría piedad para él.

El fantasma balbució:

—Éste es tu pago, Charles. Ha llegado tu hora.

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Te devolveré todo tu dinero! ¡Todo lo que quieras! ¡Todo! ¡Todoooo...!

Estaba otra vez al borde del paroxismo, a punto de perder el

sentido a causa del terror.

—No quiero tu dinero, Charles —dijo el fantasma—. Solamente quiero tu vida.

—¡Pues haz que me peguen un tiro! ¡Pero no me mates así! ¡No me entierres vivo! ¡No me mates así...!

El fantasma masculló:

—¿Pensaste tú eso antes, Charles?

Y bajó lentamente la derecha, como el director de orquesta que va a dar la señal para que el concierto empiece.

Un concierto de la muerte.

Los cuatro hombres se pusieron a trabajar.

Lanzaban sobre el hombre que estaba abajo, en el fondo de la fosa, grandes paladas de tierra.

El joven intentó defenderse.

Intentó saltar.

Pero una de las paladas de tierra le dio en la cara, tapándole por completo los ojos.

Entonces cayó de espalda, mientras manoteaba inútilmente en el aire.

Las paladas se hicieron más rápidas, más implacables.

Ya le cubrían casi por completo.

Pronto no se oyeron ni sus gritos.

El fantasma, al borde de la fosa, sonreía diabólicamente.

Y permaneció quieto allí hasta que la tierra hubo cubierto enteramente el hueco.

Luego ordenó:

—Colocad la lápida.

Los cuatro hombres movieron entonces una pesada losa de piedra en la que estaba grabado un solo nombre: «Charles».

Ésta fue encajada sobre la tumba donde un hombre moría con la más espantosa de las agonías.

Luego el fantasma alzó su derecha.

—Muy bien —dijo, moviendo apenas sus labios espectrales—. Todo ha sido perfecto. Y ahora... ¡Traed a la chica!

CAPÍTULO XII

Carson sentía que el sudor resbalaba por sus facciones y por sus manos, que parecían ya incapaces de hacer un solo movimiento.

Las ligaduras habían penetrado en sus muñecas, cortándolas, a causa de los esfuerzos que había hecho para liberarse de ellas.

Al fin miró en torno suyo, con los ojos entornados.

Por centésima vez contempló el sitio en que estaba, como si con aquello hubiera de encontrar una solución.

La habitación era una de tantas de la clínica mental, y en ella había los muebles que ya conocía, todos empotrados en el suelo. Precisamente a él le habían atado las manos a una de las patas de la banqueta, para que no pudiera escapar.

Había recuperado el conocimiento allí, cosa de una hora antes.

Lo primero que intentó fue liberarse, hasta que sus muñecas destrozadas le demostraron que eso era imposible.

Entonces pensó que Lorena Patrick le había hecho caer también en aquella nueva trampa.

Hasta que oyó los gemidos de la muchacha en una habitación contigua. ¡Era Lorena la que lloraba! ¡Lorena también estaba prisionera!

Las facciones del joven enrojecieron de odio.

No se hacía ilusiones. Si les habían traído hasta allí, era para acabar con ellos.

Intentó de nuevo liberarse.

El dolor en sus muñecas atadas era insufrible.

Y entonces oyó los pasos de alguien que se acercaba por el corredor.

Se oían fuertes pisadas. Debían ser tres o cuatro hombres.

Pensó que venían a por él.

Pero no abrieron su puerta, sino la contigua.

Oyó el grito ahogado de Lorena.

—¡No...! ¡No! ¡Eso no! ¡Nooo...!

Carson rechinó los dientes de rabia.

¿Qué iban a hacer con ella?

¿Acaso iban a ultrajarla?

Pronto se convenció de que no.

Simplemente la arrastraban por el pasillo.

Los gemidos de la muchacha se fueron haciendo cada vez más inaudibles mientras Carson volvía a deshacerse las muñecas otra vez, en un vano intento por liberarse.

La sangre resbalaba por sus dedos.

Comprendió, desfallecido, que nunca más podría salir de allí.

Pero no era eso lo que le desesperaba, sino el pensamiento de lo que estarían haciendo con Lorena Patrick.

¿A dónde la habían llevado?

¿Qué misterio diabólico se ocultaba en aquella casa?

Y entonces oyó el grito de Lorena de nuevo.

Por última vez.

Llegaba por el hueco del ascensor y eso fue lo que le permitió captarlo.

—¡No! ¡Al cementerio no!

Las facciones de Carson adquirieron un color violáceo.

El cementerio...

¡De modo que estaba en aquella casa!

¡De manera que lo que dijo Jim no era una locura sino una verdad!

Carson pensó que iba a ver estallar su propio cerebro.

Por centésima vez intentó liberarse, hasta convencerse de nuevo que esto era imposible.

Desfallecido, respiró jadeante, como un animal acorralado.

Y entonces oyó aquellos pasos en el corredor.

Eran los de un solo hombre que se deslizaba furtivamente, igual que un gato.

Sin duda venía a por él.

Carson miró con los ojos dilatados el pomo de la puerta que empezaba a girar.

La hoja de madera cedió.

Y en el hueco fue apareciendo poco a poco la figura de un hombre vestido de blanco.

Pero no era uno de los enfermeros, sino uno de los locos. Bastaba ver sus ojos saltones y su boca entreabierta para convencerse de ello.

El loco parecía muy divertido.

Miró a Carson, sentado en el suelo y sujeto a la banqueta y lanzó una carcajada.

Era extraño que estuviese allí, porque sin duda los asesinos tenían muy bien vigilados a los enfermos y debidamente aislada aquella parte del establecimiento.

El extraño individuo entró dando saltitos, después de cerrar la puerta.

Se sentó en el suelo, frente a Carson, y dijo como el que suelta una letanía:

—Carlomagno se ha reído de ellos... Todos vigilan mi reino y quieren detenerme, pero Carlomagno es más listo que toda esa caterva de infieles... Me he escapado y ahora reuniré a mis ejércitos... ¡Todos serán aplastados! ¡Esa pandilla de perros sentirá en su carne las iras del emperador de Europa!

Carson cerró los ojos un momento.

Diablo, aquello era lo único que le faltaba.

Un chalado que se creía Carlomagno y que iba a contarle sus batallas mientras en un lugar del edificio mataban a la muchacha.

El joven creyó que su cabeza iba a estallar.

Pero de pronto sintió como un chispazo.

El hombre que tenía enfrente estaba chiflado, desde luego, pero en algunos aspectos era más listo que los asesinos que imperaban allí. Tal vez podría convencerle para que le librara de sus ligaduras.

Con una sonrisa de complicidad, susurró:

—Yo te llevaré hasta dónde están tus enemigos. Ellos me han atado para que no te sirviera de guía. Si me libras de estas ligaduras te podré ayudar.

El loco le miró con ojos incrédulos.

—No... —dijo con una sonrisa malévola—. Tú eres mi prisionero. No te voy a soltar de aquí hasta que los haya derrotado. Tú eres un espía de mis enemigos...

Carson sintió que se desesperaba.

No podía convencer a aquel loco.

Su última posibilidad de escaparse estaba yendo al agua.

—¡Suéltame de una maldita vez! —bramó—. ¡Suéltame, maldito, suéltame, condenado! ¡Dentro de unos minutos será demasiado tarde! ¡DEMASIADO TARDEEEE...!

CAPÍTULO XIII

Lorena Patrick estaba siendo arrastrada por el sendero del cementerio.

Veía los cipreses mecidos por el viento. Sobre su cabeza descansaba la luna cubierta por espesos nubarrones. En una curva no demasiado lejana, los faros de los coches rasgaban la oscuridad. Todos los coches tomaban la curva a la misma velocidad y de la misma manera.

Parecía un sueño.

Pero Lorena sabía que no lo era.

Dos de los hombres tiraban de ella, arrastrándola, mientras los otros dos la «ayudaban» con puntapiés y empujones.

Se había defendido hasta el límite, con todas sus energías de mujer joven.

Pero ya no podía más.

Sus fuerzas estaban agotadas.

Notó que la llevaban a un ángulo del cementerio, donde ya estaba abierta una fosa.

Una fosa para ella.

Sus ojos se dilataron de horror.

A pesar de saber lo que le esperaba, el hecho de verlo por sí misma hizo que todos sus nervios parecieran romperse.

¡Iban a enterrarla viva!

¡Era la muerte más horrible que podía imaginar!

Su cuerpo ágil, flexionándose como el de una pantera, aún trató de saltar y quedó de costado sobre una losa de piedra.

En ésta había un nombre, que Lorena pudo leer:

CHARLES

Aquello aumentó aún más su horror.

—¡Charles estaba vivo ayer! ¿Qué habéis hecho con él, perros?
¿Qué es esa tumba?

Uno de los asesinos lanzó una ronca carcajada.

—¡Claro que estaba vivo ayer, idiota! ¡Pero lo hemos traído a la fuerza hasta aquí! ¡No hace ni media hora que ha sido enterrado vivo! ¡Debe haber acabado de morir, como tú morirás, maldita!

Lorena lanzó un gemido.

Al contrario de Charles y de Percy, que habían muerto sin saber hasta el último minuto de qué se trataba, ella estaba enterada de todo.

Ella conocía el origen de aquella macabra situación.

Y sabía quién era el monstruo que dirigía aquella clase de ejecuciones.

Por eso no se hizo ilusiones.

Ella había traicionado al fantasma, había tratado de contar su secreto al hombre que quería destruirlo.

Por eso se había condenado ella misma también.

No habría piedad.

Sintió que caía al fondo de la fosa.

La habían arrastrado de nuevo, dándole el último empujón. Notó que la fosa era muy profunda, tanto que, puesta en pie, sus manos alzadas apenas llegaban a los bordes.

No obstante, le era posible salir de ella.

Y lo intentó.

Su cuerpo flexible como el de una pantera se izó y se sujetó con las manos a los bordes de la tumba.

Los esbirros hicieron entonces con ella lo mismo que habían hecho con Charles.

Le pisaron las manos para obligarla a que se soltase.

Pero la muchacha resistió más que la anterior víctima. Sus manos no se movieron de aquellos puntos en los que aún podía haber una imposible salvación.

Uno de los asesinos tomó una pala.

—¡Dejadme! —aulló.

Y la descargó de canto sobre una de las manos de la muchacha.

Ésta retiró los dedos a tiempo.

De lo contrario, el metal le hubiera segado la mano como una guillotina.

Lanzó un grito.

El terror, el auténtico miedo a la muerte, brilló en sus ojos un momento.

Pero Lorena no suplicó más.

Se daba cuenta de que estaba perdida.

Y en sus ojos brilló ahora una mirada de desprecio.

Acababa de oír unos pasos quedos, lentos.

Alguien se acercaba al borde de la fosa.

La figura del espectro se recortó ante ella, bañada por la luz irreal de la luna.

Las palabras surgieron de aquella boca que no parecía la de un ser humano y en cierto modo no lo era:

—Tú me has traicionado, Lorena... Tú, la única persona de este mundo en la que podía confiar... Pero vas a pagarlo... Vas a pagarlo con la muerte, como un día te dije... Yo te anticipé que si un día me traicionabas, lo pagarías con tu sangre... ¡Y voy a cumplirlo!

Lorena Patrick apenas despegó los labios para decir:

—¡Entonces, haz que me peguen un tiro!

—No... Un tiro sería algo demasiado fácil... Tu muerte tiene que ser lenta, tiene que ser horrible... Tu agonía empieza ahora, pero tardará mucho en terminar...

Alzó otra vez la mano, como un director de orquesta que se dispone a iniciar su sinfonía, y gritó:

—¿A qué esperáis? ¡Vamos! ¡Cubridla de tierra!

Los cuatro hombres se pusieron en movimiento a la vez.

Sus palas se hundieron en la tierra blanda que había a ambos lados de la fosa.

Lorena empezó a ser cubierta.

Quiso mirar en torno suyo por última vez, con la patética desesperación de quien sabe que se despide del mundo.

La tierra cayó sobre su cara.

Tapó sus ojos.

¡Ya no podría ver nunca más!

¡Estaba perdida!

CAPÍTULO XIV

El loco lanzó una carcajada, como si no hubiera comprendido ni una de las palabras de Carson.

Estaba en cuclillas y su estómago grasiento se movía a impulsos de la risa.

Se puso en pie y dio una vuelta en torno al prisionero.

La situación parecía divertirle más cada vez.

Miraba a Carson como si lo hubiera apresado él y eso le hiciera sentirse importante.

—Tú no eres un amigo de Carlomagno —dijo al fin—. Tú lo que quieres es engañarme... ¡Estás aquí para espiarme y luego dar el soplo a mis rivales!

Carson movió la cabeza con desesperación.

Se daba cuenta de la terrible situación en que se hallaba, aunque no le importaba por él. Sólo pensaba en Lorena. Porque mientras él estaba allí, atado y perdiendo el tiempo... ¡Lorena iba a morir!

Comprendió entonces que tenía que seguir el juego del loco.

De nada le serviría desmentir sus palabras. A un loco no se le convence jamás.

Por eso murmuró:

—Sí... Reconozco que soy un espía de tus enemigos. Te he estado traicionando hasta ahora.

El otro volvió a reír.

—¡Ya lo decía yo! ¿Te das cuenta? ¡Nadie engaña a Carlomagno! ¡Tú mismo lo has reconocido!

Carson susurró:

—Cierto. Nadie engaña a Carlomagno. He sido un tonto al pensar que podría vencerte.

Sentía el paso de los segundos como si cada uno de ellos fuera un alfilerazo en su piel.

¡El tiempo volaba!

¡Y era muy posible que Lorena Patrick ya estuviera muerta...!

—Pero yo te diré dónde están tus enemigos —murmuró, procurando conservar la calma—. Yo te llevaré hasta ellos. Podrás vencerlos y cazarlos en su propia trampa.

El loco le miró con desconfianza.

—¿Cómo sé que no vas a engañarme otra vez? —preguntó.

—Tú eres más fuerte que yo. Podrías matarme de un solo golpe si tratara de hacerlo.

Aquello de ser el más fuerte agradó al loco.

Miró sus propios brazos, como si pensara que, en efecto, era invencible. Mientras tanto, Carson volvía a sentir el paso de los segundos como si cada uno de ellos fuera una pesadilla.

El loco empezó a dar vueltas en torno suyo, cada vez más lentamente, mientras Carson sentía que sus nervios vibraban de un modo insoportable.

Al fin el loco se decidió.

¡Empezó a desatarle!

—Si tratas de engañarme lo pagarás terriblemente —le decía mientras tanto—. Carlomagno nunca perdona. Si no le eres fiel, haré que te descuarticen entre cuatro caballos.

Carson asintió.

—Te seré fiel, Carlomagno... Juro que te seré fiel.

El otro terminó de soltarle. Y Carson se dio cuenta de que había tenido suerte con aquel tipo. Debía ser un experto en nudos, porque una persona normal no hubiera podido soltarlo.

—He sido marino —dijo el otro en un momento de razón, como si le adivinara el pensamiento—. Los nudos son mi especialidad.

Carson se frotó las muñecas.

La sangre seguía brotando de momento, pero eso no era un inconveniente para que pudiera usar sus puños.

—¿Conoces este sitio? —preguntó a Carlomagno.

—Este sitio es mi reino. ¿Cómo no voy a conocerlo?

—¿Hay aquí un cementerio?

—¿Un sitio donde llevan a los muertos?

—Claro... ¡Claro que sí!

Los ojos de Carson brillaban de esperanza.

Tal vez no sería aún demasiado tarde... ¡Quizá llegaría a tiempo de salvar a Lorena!

—Lo conozco —dijo Carlomagno—. Sé dónde está.

—¡Pues llévame a él! ¡Date prisa!

—¿Están allí mis enemigos?

—¡Sí! ¡Todos reunidos! ¡Todos...!

—De acuerdo. Te llevaré.

Salieron al corredor.

Toda aquella ala del edificio estaba desierta.

Sólo brillaban unas cuantas luces aquí y allá. El resto estaba sumido en penumbra.

Carlomagno iba delante.

Le condujo hasta unas escaleras, por las que descendieron con rapidez.

Recorrieron otro pasillo.

Y al final el loco abrió una segunda puerta.

Carson se dio cuenta, mientras lanzaba un gruñido de decepción, de que habían entrado en el depósito de cadáveres por otro sitio. Aquél era el «cementerio» a que se refería su extraño guía.

No había ahora ningún cadáver allí.

Carlomagno le indicó la boca metálica de lo que debía ser un horno crematorio.

—Aquí meten a los muertos —dijo.

Carson comprendió que el manicomio debía tener licencia para proceder a la cremación de determinados cadáveres en casos especiales. Quizá por aquel procedimiento habían hecho desaparecer el cuerpo del gigante que le atacó en aquel mismo sitio. Pero esto, pese a ser un descubrimiento importante, carecía ahora de interés para él.

Lo que quería era encontrar a Lorena Patrick.

¡Y estaba perdiendo unos segundos preciosos! ¡Los últimos segundos tal vez!

Carlomagno le miró con cierto desencanto.

Su expresión recordaba la de un niño a quien no le dan el juguete que le prometieron.

—¿Dónde están mis enemigos? —farfulló.

—En un cementerio, pero no es éste.

—Pues no hay ninguno más.

—¿Estás seguro?

—¡Y tan seguro! ¡Conozco este sitio perfectamente!

—¿No existe algún jardín?

—Sólo los patios por dónde paseamos.

—¿Y no dan a ninguna otra parte?

—Hay una puerta que da a la calle, pero nunca nos dejan salir por ella.

Carson apretó los puños.

Tenía la suerte, en cierto modo, de que el loco pasara por una racha de acusada normalidad, pero de poco le iba a servir si Carlomagno no sabía dónde estaba el cementerio.

Con las facciones desencajadas, insistió:

—¿No habrá otro sitio donde lleven a los muertos?

—No. Todos los traen aquí.

—¡Pues tiene que existir! ¡Y nosotros tenemos que encontrarlo!
¡Llévame a las puertas que dan a los patios! ¡Tiene que estar allí!

El loco se encogió de hombros.

Por un momento parecía haber dejado el control de la situación en manos de Carson, de modo que le obedeció.

Descendieron, siempre por la escalera, hasta unas anchas portaladas que daban acceso a los patios.

Seguían sin encontrar a nadie.

Sin duda el cerebro misterioso que regía todo aquello había dado la orden de que los pasillos estuviesen desiertos, sucediese lo que fuese.

Además, ellos no causaban el menor ruido.

Desde detrás de las puertas nadie debía oírles avanzar.

Carson, seguido por el loco, dio una vuelta completa al enorme patio de altas paredes, sin encontrar en ellas el menor resquicio que pudiera llevar a ninguna otra parte. La desesperación iba descorazonándole más a cada momento. Se daba cuenta de que nada conseguía. Su libertad de nada le servía, puesto que sólo un milagro podía salvar a Lorena Patrick.

¡Ésta tenía que estar allí!

¡Dentro del edificio!

Pero ¿dónde?

Carson sentía que el sudor resbalaba por sus mejillas y llegaba hasta su boca.

Carlomagno le miraba con más desconfianza cada vez.

Hasta entonces le había obedecido, pero pronto dejaría de

hacerlo.

Desesperadamente, Carson trató de reflexionar.

Recordó las extrañas palabras de Jim.

Él le había hablado de un cementerio en el que se veían los cipreses y la luz de la luna. Si no estaba en ninguno de los patios sólo podía estar en una parte:

¡En el tejado!

Él no había estado nunca allí. Desconocía cómo era.

Y se dijo que allí podía estar la solución de todo.

Tiró del brazo de Carlomagno.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Tienes que llevarme a los ascensores!
¡Hemos de llegar al tejado cuanto antes!

El loco siguió obedeciendo.

Le llevó hasta otra puerta, en la cual encontraron a alguien por primera vez. Se trataba de un robusto enfermero que vestía el ceñido uniforme blanco.

También llevaba una enorme porra de madera.

Debía haber oído algún ruido y pensaba que acababa de fugarse algún loco, cosa en la que no andaba del todo descaminado.

—¡Eh! —gritó—. ¿Adónde van, malditos? ¡Deténganse!

Carson no le hizo ningún caso.

El tipo se abalanzó hacia ellos.

Emitió una especie de grito de guerra mientras movía aquella porra con la que podía destrozar la cabeza de un hombre.

Carson le dejó venir, como si no intentara defenderse.

Y de repente esquivó, con la agilidad de un luchador, mientras arqueaba la espalda.

El otro chocó materialmente con su cuerpo.

Lanzó un aullido mientras salía despedido como una catapulta. Se estrelló contra la pared y pareció rebotar en ella, mientras volvía al ataque.

Pero ahora Carson ya estaba preparado.

No le dejó mover la porra.

Descargó rabiosamente sus puños sobre la cara del enfermero en un rabioso zigzag. La cabeza de su enemigo fue de un lado a otro como una exhalación. Sus ojos se nublaron un momento. Carson remató el trabajo con un gancho al mentón que envió al enfermero contra la pared, pero ahora sin sentido.

Carlomagno le miraba extasiado.

Por lo visto le gustaban las peleas.

—¡Es magnífico! —gritó—. ¡No había visto nada igual desde que Joe Louis noqueó a Tony Galento!

Carson movió la cabeza.

—Amigo, tú estarás loco para unas cosas, pero para otras no. Y ahora déjate de explicarme la historia del boxeo y dime de una maldita vez dónde están los ascensores.

Carlomagno se lo indicó.

Había unos para la gente que llegaba del exterior y otros sólo para el servicio interior de la clínica. Eran éstos los que buscaba Carson, puesto que lógicamente solo ellos debían conducir hasta el tejado.

Apretó el último botón.

El ascensor subía rápidamente.

En un instante llegaron al tejado, desde el que se divisaba perfectamente la luna.

Pero si Carson había esperado haber dado con la solución del misterio, ahora se dio cuenta de que había vuelto a equivocarse otra vez. El tejado era como cualquier otro de un edificio semejante. Lo único que había en él eran unas cuantas docenas de sábanas puestas a secarse. Ni cementerio ni nada que lo pareciese. Todo lo que había conseguido era volver a perder unos minutos preciosos.

Sintió que la desesperación le vencía definitivamente.

Ya era inútil luchar.

¡Estaba buscando algo que no existía!

Carlomagno, que durante los últimos minutos se había portado bastante razonablemente, volvió a hacer de las suyas otra vez.

¡Era lo que le faltaba a Carson!

—Pero ¿dónde están mis enemigos? —masculló el loco—. ¿No me estarás engañando?

Carson se encogió de hombros.

Una pena infinita le dominaba.

Se daba cuenta de que ya nada tenía que hacer.

—Vamos a dónde tú quieras —le dijo al loco—. Tus enemigos estarán en cualquier parte. Recorreremos el edificio hasta encontrarlos.

En realidad, Carson ya no sabía qué hacer.

Se daba cuenta de que era incluso inútil llamar a la policía.

Volvieron al ascensor, cuyas puertas se cerraron automáticamente.

Carson iba a oprimir el botón de la planta baja, pero Carlomagno se le adelantó con una risita.

—Nunca me han dejado hacer esto —susurró—. Cuando bajo en este ascensor, nunca me dejan tocar los botones. Ahora voy a desquitarme.

Y fue él quien oprimió el botón correspondiente a la planta baja.

Lo oprimió como lo hubiera hecho un niño.

Tres veces seguidas.

Carson ni siquiera le miraba.

Lo que hiciera Carlomagno le importaba bien poco.

Notó confusamente que empezaban a descender, pero eso no le importó.

¿Qué más daba estar abajo que arriba?

Fue contando maquinalmente los pisos conforme descendían, al mirar el número dibujado en la pared.

Tres... Dos... Uno... Planta...

Carson hizo un gesto maquinal de dirigirse a la puerta, pensando que ésta se abriría automáticamente al haber llegado al tope del descenso.

Pero de pronto sus cejas dieron un salto.

No lo entendía.

¡Seguían descendiendo!

Entonces se dio cuenta de que Carlomagno, llevado de su ansia infantil, había dado con la clave de algo que cien policías no hubieran descubierto jamás. ¡Había al menos otro piso debajo de los señalados del tablero de los timbres! ¡Y se llegaba a él oprimiendo tres veces el timbre de la planta baja!

El joven contuvo un grito.

Notó que el ascensor se detenía y que las puertas se abrían automáticamente.

Y entonces vio lo que había visto Jim.

Lo que en el fondo no había llegado a creer nunca...

Una puerta se abrió y uno se encontraba de pronto en el cementerio. En un cementerio donde la luna brillaba entre espesos nubarrones, donde el viento mecía los cipreses, donde se veían los

faros de los coches al tomar una curva no demasiado lejana, de manera siempre idéntica.

El joven dio un paso adelante.

Sus puños estaban apretados, sus facciones desencajadas.

Y fue entonces cuando oyó aquel terrible, aquel largo alarido de muerte.

CAPÍTULO XV

Lorena estaba de pie en la que había de ser su sepultura, pero no podía moverse de ella.

La tierra ya le cubría hasta los hombros.

Estaba aprisionada, hundida en una especie de rasa viscosa que la retenía como las arenas movedizas de un pantano.

Y las paladas de tierra seguían cayendo en torno a ella.

Hundiéndola cada vez más.

Apenas podía ver, a causa de la tierra que en parte tapaba sus ojos, y sólo distinguía de una manera muy confusa a los cuatro asesinos que iban cumpliendo implacablemente su siniestra tarea.

Fue entonces cuando de su garganta escapó aquel último grito.

Sabía que estaba perdida.

Nunca más volvería a gritar.

Y entonces ocurrió algo absurdo, increíble. El grito pareció haber asustado a aquellos cuatro hombres, que se volvieron a un tiempo.

Hasta el fantasma que estaba al borde de la fosa hizo un gesto para volver la cabeza en la misma dirección.

Los ojos de Lorena Patrick se desencajaron.

¡No podía ser!

¡Dos hombres avanzaban hacia allí y uno de los dos era Carson!

El espectro lanzó un salvaje rugido.

—¡Matadlo! —rugió—. ¡Matadlo!

Los cuatro hombres dejaron sus palas, llevando sus manos hacia las fundas axilares. El que estaba más a la derecha fue el que adelantó a todos con su rapidez.

Hizo un solo disparo.

Carlomagno se estremeció, alcanzado por la bala.

Pero no se detuvo.

Una especie de furia homicida se apoderó de él.

Si los médicos le hubiesen visto en este momento, se habrían dado cuenta de que verdaderamente estaba loco sin remedio.

Se lanzó sobre el hombre que había disparado contra él.

Sus manos de hierro se enroscaron en torno a la garganta del asesino.

Éste disparó de nuevo, ahora a quemarropa.

El cuerpo de Carlomagno se estremeció.

Pero no soltó su presa.

Carson rugió al darse cuenta de que se encontraba ante cuatro enemigos, uno de los cuales era el fantasma que días antes trató de matarle con un hacha. Pero eso no le detuvo.

Era una especie de fiera sedienta de sangre cuando se lanzó al ataque.

Uno de los asesinos, el que estaba junto a él, acababa de sacar una automática.

Carson le propinó un atroz puntapié al bajo vientre, haciéndole caer al fondo de la fosa. La pistola saltó al aire. Carson no pudo recogerla, pero de momento su enemigo quedó eliminado, porque Lorena le sujetó cómo pudo por los brazos, que aún tenía libres.

Los otros dos se habían olvidado de sus pistolas por el momento. Estaban tan nerviosos que se enredaron con las culatas. A uno le resbaló el arma. El otro atacó directamente a Carson, pensando que le vencería con facilidad, siempre que su compañero le ayudara.

En efecto, fueron dos contra uno.

Pero Carson estaba preparado, y además la desesperación había multiplicado sus fuerzas por cien. Era una especie de fiera que defiende su piel. Sus brazos eran como cables de acero que volaban hacia los cuerpos de sus enemigos.

Uno de éstos se encogió, alcanzado en el estómago.

El otro se inclinó para recoger la pistola que había resbalado de sus dedos, dándose cuenta de que nada conseguiría con sus puños.

Era preferible exponerse a hacer demasiado ruido que caer bajo los impactos de aquella especie de loco.

Carson no le dejó.

Movió la pierna derecha y la estrelló en la mandíbula del individuo que se le ponía a tiro tan fácilmente.

Éste cayó hecho un ovillo.

El del golpe en el estómago se había encogido, boqueando. De

pronto se lanzó de cabeza contra Carson, tratando de sorprenderle.

El rodillazo en la cara le hizo aullar de dolor.

Y se enderezó de repente, sintiendo que las oleadas de dolor llegaban hasta su cráneo.

En esa postura lo atrapó Carson, cuando disparó los dos puños a la vez.

El zigzag fue de los que hacen estremecer el aire.

El asesino se desplomó, mientras encogía de nuevo el cuerpo. Carson distinguió la pistola casi a sus pies y se inclinó para recogerla.

Era tiempo.

Si no llega a disponer del arma, su aventura hubiera terminado en aquel momento.

De sus tres enemigos, dos, parcialmente recuperados, se lanzaban de nuevo al ataque.

Carson no tuvo escrúpulos.

Era una lucha a vida o muerte y no podía vacilar.

Apretó el gatillo dos veces, alcanzando a sus enemigos en el centro de las cabezas.

Los dos cayeron del mismo modo, estremeciéndose.

Un doble grito estremeció la penumbra del extraño cementerio.

Carson pudo mirar de soslayo en torno suyo. De una forma maquinal, se dio cuenta de que el espectro lo contemplaba todo desde las cercanías de un ciprés, con la boca entreabierta y una expresión de furor diabólico que transformaba su monstruoso rostro. También se dio cuenta de que Lorena seguía reteniendo, aunque a duras penas, al asesino que había caído al fondo de la fosa. Y por fin distinguió, al que había estado peleando con Carlomagno. Los dos formaban un confuso bulto y ambos estaban muertos. Las balas del asesino habían matado al loco, pero los dedos de éste habían dejado reducido el cuello de su enemigo al tamaño de una moneda de medio dólar.

Carson se dio cuenta de que la situación había cambiado.

Podía vencer.

También se percató de esto el fantasma, que avanzó desde el ciprés. Carson había cometido el error de no fijarse exclusivamente en él. Cuando la pala cayó de canto sobre su hombro izquierdo, se dio cuenta de que la situación estaba variando otra vez.

Fue a disparar de nuevo, pero la bala no salió de la recámara.

¡En el cargador no quedaban municiones!

¡Cuando se apoderó de la pistola, ésta no disponía de la munición completa!

El espectro alzó la pala otra vez. En sus manos era un arma terrible que podía partir en dos la cabeza de Carson. Éste tuvo la serenidad suficiente para esperar la acometida y apartarse en la última fracción de segundo. La pala, que casi le había descoyuntado el hombro izquierdo, rozó los cabellos de su cabeza, antes de hundirse en el suelo. Carson hizo entonces lo que había calculado: dio un puntapié al mango, haciendo que su enemigo tuviera que soltarlo.

El atacante lanzó un aullido.

Ahora la pala había pasado a manos de Carson.

Éste atacó sin piedad. Dedicó al monstruo los mismos golpes que éste le había dedicado a él. Con la diferencia de que no falló.

Carson repitió su golpe. Y esta vez ya no quiso mirar lo sucedido.

Se volvió hacia la muchacha.

Ésta le advirtió:

—¡Cuidado!

El último de los pistoleros acababa de librarse de ella y salía de la fosa. Gateaba por el suelo tratando de apoderarse de una de las pistolas. Carson tenía todas las ventajas y las aprovechó. Los puntapiés a la cara enviaron de nuevo a aquel individuo al fondo de la sepultura, ahora sin sentido.

El joven mascullo:

—Celebro que no haya muerto. Al menos, tenemos un testigo.

Y tendió los brazos hacia Lorena, ayudándola a salir de allí.

La tierra blanda aprisionaba el cuerpo de la muchacha, pero no hubo necesidad de palearla, porque la fuerza de los brazos de Carson y la elasticidad de Lorena resultaron suficientes. Muy poco después la muchacha lloraba en los hombros del joven.

Carson miró como alucinado por encima de su cabeza.

Se daba cuenta ahora, con infinita sorpresa, de que el cementerio no estaba al aire libre, sino que ocupaba un sótano, pese a ser su suelo enteramente vegetal. Merced a rayos ultravioletas y abonos especiales, los cipreses podían vivir, aunque fuera breve

tiempo. Algún gigantesco y silencioso juego de ventiladores hacía que el viento meciera sus puntas. La mirada no alcanzaba el altísimo techo, porque éste estaba pintado de negro, y en él, por medio de un ingenioso juego de luces de neón, se recortaba una luna que enviaba al ambiente una luz espectral y que siempre estaba cubierta por espesos y falsos nubarrones. En cuanto a los faros de los coches, se trataba también de un juego de luces instalado en una pared lejana. Por eso se movía siempre igual. Pero con todos aquellos elementos juntos, y contando con que el que entraba allí quedaba mudo de sorpresa y de miedo, el efecto era de un realismo tan atroz como sorprendente.

Mientras apretaba contra sí a la muchacha, Carson se limitó a preguntar:

—¿Por qué?

—Ese hombre que acabas de matar —bisbiseó ella—, era mi tío Jess. Él me crió y yo le debía gratitud. Hubiera hecho cualquier cosa por él, pero además me tenía dominada por el terror. Yo sabía que si le denunciaba me mataría.

—Con esto te justificas a ti misma, pero ¿por qué cometió todos esos crímenes?

—Sólo pensaba cometer dos, que eran los de Percy y Charles. La muerte de Jim y de su hermana fue secundaria, porque temió que supieran demasiado. Del mismo modo hubieras muerto tú. Lo hizo para vengarse.

—¿Vengarse de qué?

—Jess era inmensamente rico, y Charles y Percy eran sus únicos herederos. Lo envenenaron y lograron darle sepultura, pero no se dieron cuenta de que el veneno no había sido tan seguro como ellos creían. Nunca supieron que habían enterrado vivo a Jess hasta que éste compareció ante sus ojos. Aún no sé cómo logró salir de su tumba. Debido a los esfuerzos que tuvo que realizar, sus manos y su cara estaban destrozadas. Pero, como aún contaba con dinero oculto, se las ingenió para subsistir en un lugar secreto de Dallas y edificar esta clínica, que puso a mi nombre y que me regaló más tarde. Yo ignoraba que deseara vengarse. Hasta el final no me dijo nada de eso. También ignoré hasta el final lo que se ocultaba en las entrañas de este edificio. Te juro que todo esto es verdad, Carson. Y lo mismo declararé en el juicio... Carson susurró:

—Estoy vivo gracias a ti, Lorena. Y el hecho de que intentaran matarte prueba tu inocencia. Ese bandido a sueldo que está sin sentido en la fosa dirá lo demás. Y ahora no te preocupes de nada, pequeña... Y la besó allí mismo.

Carson nunca había besado a una mujer que tuviera la cara tan sucia.

Ni tan bonita...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Se exhibió hace pocos años, en tocio el mundo, una película sobre un suceso semejante. El escritor que quería lanzar un gran libro sobre la vida en los manicomios, ingresaba en uno de éstos fingiéndose loco, en combinación con su novia, de la que decía era su propia hermana, y a la que trataba de ultrajar, en una teatral escena muy bien preparada por ambos. Tristísimo resultado: lograba su propósito de ingresar en el manicomio, pero terminaba loco sin remedio. La deprimente película se tituló en España «Pasillo sin retorno». (N. del A.). < <